

LÍNEA ROJA

NÚMERO 4 | JULIO 2017





Índice

En defensa de la categoría leninista de imperialismo	1
De los conflictos imperialistas y la teoría de la contradicción	7
Imperialismo Moderno	9
China y Rusia en el siglo XXI	15
FEDERACIÓN RUSA	16
REPÚBLICA POPULAR CHINA	21
La mujer trabajadora, la punta de lanza contra el imperialismo	27
Siria y la encrucijada imperialista.	31
El chovinismo en la crítica a Venezuela	37





En defensa de la categoría leninista de imperialismo

«Mi folleto ayudará a orientar en la cuestión económica fundamental, sin cuyo estudio es imposible comprender nada en la apreciación de la guerra y de la política actuales.»

V. I. Lenin, *«El imperialismo: fase superior del capitalismo»* (1916)

«¿Existe relación entre el imperialismo y la monstruosa y repugnante victoria que el oportunismo (en forma de socialchovinismo) ha obtenido sobre el movimiento obrero en Europa? Éste es el problema fundamental del socialismo contemporáneo.»

V. I. Lenin, *«El imperialismo y la escisión del socialismo»* (1916)

La cuestión económica fundamental sin cuya comprensión es imposible comprender nada. El problema fundamental del socialismo contemporáneo. Cuesta imaginar a Lenin siendo más contundente a la hora de resaltar la importancia del imperialismo para el futuro del movimiento obrero. Quizás por esa misma razón son precisamente las aportaciones de Lenin sobre esta cues-

tion las más ignoradas, tergiversadas, despreciadas. Que la burguesía o el reformismo ignoren el análisis científico del imperialismo es inevitable. Es su trabajo. Existen para eso. Que lo hagan supuestos leninistas es tan lamentable como, en algunos casos, esperable. Al fin y al cabo la única forma de hacer a Lenin compatible con una práctica política esencialmente chovinista es des-

pojarle completamente de su contenido económico. Convertirle en un árbol sin raíces, que es exactamente lo que son todos los «partidos de nuevo tipo» que en la era del imperialismo y la revolución proletaria olvidan «misteriosamente» la «cuestión económica fundamental sin cuyo estudio es imposible comprender nada». Muchos marxistas han hecho aquí con Lenin lo mismo de lo que él ya hablaba, refiriéndose a Marx y a Engels, al principio de su «*El Estado y la Revolución*»: en vida se reciben los ataques más salvajes y furiosos, las calumnias más desenfundadas. Una vez muerto se le convierte en un ídolo inofensivo, una vieja gloria momificada, sus teorías se rebajan y se hacen aceptables para la burguesía.

Se vuelve necesario el simple hecho de recuperar de la manera más clara y directa las tesis leninistas sobre el imperialismo. Por suerte para nosotros este tipo de actividad es mucho más fácil ahora que hace un siglo. No es nada difícil encontrar «*El imperialismo: fase superior del capitalismo*». Es uno de los libros más conocidos de Lenin. Se puede encontrar de segunda mano en múltiples ediciones. Se reedita casi constantemente. Está disponible en internet. Tampoco es un libro difícil de leer. Mi edición, con prefacio y notas, no llega a las 150 páginas. El propio Lenin lo llama *folleto*. Está escrito con ese estilo claro, contundente y mordaz que es tan característico del mejor Lenin. Del Lenin que escribe a toda prisa empujado por una situación política urgente. Se podría incluso decir que no es más que una reflexión prolongada sobre una cuestión económica básica y sus implicaciones políticas fundamentales. Vamos a resumirlo brevemente sin que esto sea sustituto de leer con atención uno de los *folletos* más importantes de la historia del marxismo.

La cuestión económica básica es la siguiente: el desarrollo del capitalismo lleva inevitablemente a la concentración y centralización de la producción y el capital. Un número cada vez menor de empresas e individuos controlan una proporción cada vez mayor de la actividad económica. Llegado a cierto punto se produce un cambio cualitativo y la fase librecambista o clásica del capitalismo se transforma en la fase monopolista o imperia-

lista. Unos pocos monopolios «*desempeñan un papel decisivo en la vida económica*». Este proceso va unido al peso cada vez mayor de los bancos y su capital bancario, que de nuevo llegado cierto punto se fusiona con el capital industrial en lo que Lenin llama «*capital financiero*», el «*capital que se halla disposición de los bancos y que es utilizado por los industriales*». Una vez que este capital financiero adquiere un peso determinante se producen dos cambios fundamentales. Primero, queda atrás la etapa en la que el país capitalista más fuerte era «*la fábrica del mundo*». Ahora «*la exportación de capital, a diferencia de la exportación de mercancías, adquiere una importancia particular*». Segundo, la política exterior del Estado imperialista se vuelve la política exterior de ese capital financiero. En la época de Lenin esto significa principalmente «*la formación de asociaciones internacionales monopolistas de capitalistas, las cuales se reparten el mundo*», y «*la terminación del reparto territorial del mundo entre las potencias capitalistas más importantes*»¹.

Es evidente para cualquiera que no viva en una cueva que este diagnóstico se mantiene en sus líneas generales. La vida económica mundial todavía está dominada por unos pocos monopolios, en muchos casos exactamente los mismos de los que ya hablaba Lenin: Deutsche Bank, Sociéte Générale, Shell Oil, Exxon y Chevron (descendientes entre otras de la Standard Oil), Siemens, AEG, etc. El poder del capital financiero es todavía más absoluto. Los Estados imperialistas que Lenin señala como dominantes lo siguen siendo hoy en día: Estados Unidos, Reino Unido, Alemania, Francia, Japón. Las asociaciones internacionales del capitalismo monopolista todavía dirigen el mundo, desde el FMI y el Banco Mundial hasta la OTAN. Pero también hay algunos cambios muy importantes. El primero es todo el proceso de descolonización y «*globalización*», que ha cambiado enormemente el mecanismo mediante el cual funciona el imperialismo hoy en día. Lejos de debilitarlo esto no ha hecho más que fortalecerlo enormemente. El segundo gran cambio es paradójico. En los últimos 100 años hemos visto

1 V. I. Lenin, *El Imperialismo: fase superior del capitalismo*. Ediciones en Lenguas Extranjeras, Pekín, 1968. Las características principales del imperialismo aparecen en las páginas 112 y 113.

el ascenso de una ola revolucionaria comunista que ha llegado a controlar una parte importantísima del planeta y su colapso casi completo a finales del siglo XX. El resultado es que el mundo de hoy en día se parece mucho más al de Lenin que al de hace 50 años, por lo que algunos de los debates que se reflejan en su libro tienen más vigencia que nunca.

El problema es que hay un abismo entre aceptar la categoría leninista de imperialismo de palabra y hacerla parte integral de una línea política. El mejor ejemplo de esto lo podemos ver en buena parte del análisis «*marxista*» de los conflictos internacionales. ¿Quién no ha visto a marxistas hablar alegremente del enfrentamiento entre el imperialismo occidental y el imperialismo ruso? ¿Del imperialismo chino? Hasta aquí podríamos asumir caritativamente que ha habido un trabajo real que ha llevado a categorizar a esos Estados como imperialistas. Que después de un laborioso proceso de recopilación de datos, de debate político, de confirmación práctica, se ha llegado a la conclusión irrefutable de que Rusia o China son Estados imperialistas. Pero no es raro ver a esa misma gente hablar del imperialismo o «*sub-imperialismo*» de Irán o Siria, y entonces ya no quedan dudas: hemos retrocedido 100 años en nuestra forma de ver el mundo, por no decir 2000. Esto puede ser deseable para alguien cuya única misión es confundir a lo demás, pero es inaceptable para alguien que pretenda ser comunista.

No hay mayor banalidad que hablar del imperialismo de una manera tan general. La agresión de un Estado a otro por sí misma no es imperialismo. La injerencia en los asuntos internos de otro Estado no es imperialismo. Incluso el colonialismo no es imperialismo. Como dice el propio Lenin estos fenómenos existen desde hace mucho tiempo. Desde la Roma imperial. Desde la Grecia clásica. Incluso antes: el texto fundacional de la cultura occidental ya es el relato de una agresión militar a otro pueblo. No sabemos por qué se lanzaron las mil naves de los aqueos que relata Homero, si es que se lanzaron, pero seguro que no fue simplemente por la belleza de Helena. Podemos, claro, abstraer la historia de esta forma y

denominar «*imperialismo*» a cualquier agresión o desnivel de poder entre Estados, pueblos, naciones. Pero entonces no sólo son imperialistas los Estados Unidos, el Reino Unido, Rusia, China e Irán, sino casi todos los países del mundo. Brasil es imperialista. Sudáfrica, sin duda. Es imperialista Etiopía, es imperialista Sudán. Son imperialistas la India y Pakistán, la República Democrática del Congo e Indonesia.

Cada vez que explota un nuevo conflicto militar nos sepulta una avalancha de estiércol que dice más o menos así: he aquí dos países en conflicto, usando sus ejércitos lejos de sus propias fronteras. Directamente, o lo más común, a través de terceros. Como ninguno es socialista, sino capitalista, no es más que un conflicto entre imperialistas. No hay nada más que decir. Nada de lo que aquí ocurre interesa al proletariado o a los comunistas. ¡Qué análisis tan fino! ¡Y qué economía de medios, también, porque se puede usar sin cambiar una coma para absolutamente todo lo que pasa hoy en día! Hemos hablado mucho de aviones y movimientos de tropas, pero nada de monopolios o intereses económicos. Hemos hablado mucho del carácter más o menos «*democrático*» de los gobiernos involucrados, pero nada sobre los intereses de clase que defienden los misiles. Este discurso puede ser muy útil para lavar conciencias y justificar la pasividad, pero desde luego no es marxismo. No desde Lenin, al menos, y no desde que existe una categoría científica y precisa de lo que es y no es el imperialismo.

Si todo es imperialismo nada lo es, se vuelve un concepto inútil. Es la noche en la que todas las vacas son negras. El agregado uniforme de todos los datos. La descripción más superficial y más abstracta posible de la realidad. Se pierde la historicidad y la concreción del concepto, su aspecto científico. Es mal marxismo, mala ciencia, mala dialéctica, y no es sorprendente que lleve a las conclusiones políticas más absurdas. A la defensa abierta de la reacción en algunos casos. A una supuesta neutralidad ante un conflicto entre fuerzas supuestamente comparables en otros. A dar igual peso a lo anecdótico y superficial que a las tendencias históricas aplastantes y determinantes. A

ser incapaces de entender nada, porque incluso el paso de la etapa librecambista a la etapa imperialista en el capitalismo supuso un cambio radical, una «*diferencia esencial*»², en la política exterior de los Estados capitalistas involucrados.

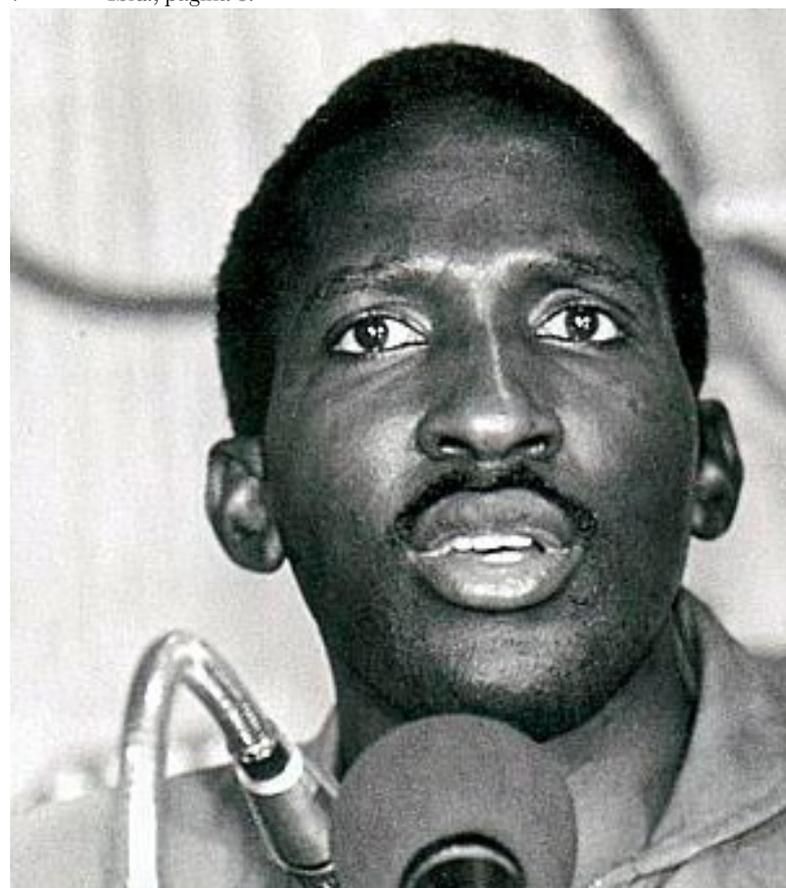
Aquí llegamos al aspecto político de la cuestión imperialista, a sus implicaciones, y a la razón principal de esta lobotomización conceptual tan común. El imperialismo no sólo modifica a la burguesía de los países imperialistas, sino que afecta a todas sus clases. Imprime «*un sello de parasitismo a todo el país que vive de la explotación del trabajo de varios países y colonias*»³. Tiende «*a formar categorías privilegiadas también entre los obreros y a divorciarlos de la gran masa del proletariado*»⁴. Como dice Engels ya en 1858, en la génesis del primer país imperialista y su primera «*aristocracia obrera*»: «*el proletariado inglés se va aburguesando de hecho cada día más; por lo que se ve, esta nación, la más burguesa de todas, aspira a tener, en resumidas cuentas, al lado de la burguesía una aristocracia burguesa y un proletariado burgués. Naturalmente, por parte de una nación que explota al mundo entero, esto es, hasta cierto punto, lógico*»⁵. El imperialismo es la base material de la deriva oportunista del movimiento obrero y sus partidos en el núcleo imperialista. Aquí está la razón de esa amnesia teórica, de esa banalidad persistente, de la teoría antidialéctica de brocha gorda cuando toca hablar de ciertos temas. Por eso «*la lucha contra el imperialismo, si no se halla ligada indisolublemente a la lucha contra el oportunismo, es una frase vacía y falsa*»⁶.

¿Qué implica hoy en día luchar contra el imperialismo en el terreno marxista? Para alguien que aspire a ser comunista en un país imperialista tiene por fuerza que exigir unos mínimos. Primero, no se puede llamar a un país imperialista en el sentido leninista si no está en una fase avanzada de desarrollo capitalista. Si los monopolios y el capital financiero no tienen un papel determinante en su actividad económica. Si la exportación de capital no ha sustituido a la exportación de mercancías en importancia. Si no participa en el reparto y control del resto del planeta con un grupo

muy reducido de grandes potencias. Si no utiliza las superganancias imperialistas para corromper a una parte de su movimiento obrero, para crear «*millones de trabajadores cuyas condiciones de vida son más o menos pequeñoburguesas*»⁷. Esto obviamente incluye a todos los países imperialistas *tradicionales*, sobre todo la famosa Tríada consistente en los Estados Unidos, Europa Occidental y Japón. Es fundamental apuntar que esto excluye algunos análisis completamente superficiales: el poderío militar no es sinónimo de imperialismo. La actividad militar de Japón desde el final de la Segunda Guerra Mundial es casi nula, pero sigue siendo un país imperialista. Suiza no invade a otro Estado desde 1815, pero dudar de su imperialismo es dudar de la propia existencia del imperialismo.

Segundo, se debe exigir un mínimo de coherencia y honestidad teórica. Las insinuaciones de que países como Irán o Siria pueden ser imperialistas no deberían merecer ni un minuto de atención, pero es innegable que los papeles de Rusia y China pueden crear dudas entre comunistas honestos. No hay nada más antimarxista que exigir la vigencia eterna de una categoría, así que se podrían considerar dos alternativas principales. Si la categoría leninista sigue manteniendo toda su actualidad y ni Rusia ni China encajan en el patrón que hemos

7 Ibid., página 8.



2 Ibid., página 112.
 3 Ibid., página 128.
 4 Ibid., página 137.
 5 Ibid., página 137.
 6 Ibid., página 162.

descrito entonces debemos seguir hablando de un único bloque imperialista mundial. Sin duda sus intentos de expandir todavía más su influencia encontrarán resistencia, pero hablar de un «enfrentamiento entre imperialismos» sería erróneo y probablemente chovinista viniendo de comunistas de países imperialistas. Puede ocurrir que China y/o Rusia sí encajen de hecho en la categoría de imperialismo, o bien que algunos cambios históricos justifiquen una revisión de dicha categoría. Antes apuntábamos al desarrollo del neocolonialismo como un factor importante. El hecho de que China y Rusia fuesen anteriormente Estados socialistas⁸ seguramente tampoco sea casual, como mínimo explicarán su alto grado de desarrollo industrial y militar sin un pasado imperialista y colonial al uso. Pero entonces se debe hablar claramente, mostrar el trabajo previo que justifique nuestras posturas, y explicar dónde y de qué manera estamos rompiendo con la postura leninista en caso de que creamos que está justificado.

Si defendemos la vigencia de la categoría leninista de imperialismo no es por dogmatismo. Su

⁸ Obviamos aquí en parte otro debate sobre el carácter preciso de la República Popular China. En todo caso damos por sentado que la ruptura con su etapa «maoísta» desde 1976, golpe de Estado incluido, supone un cambio cualitativo suficiente como para que sea razonable preguntarse si hoy en día es un Estado imperialista en el sentido leninista.

validez, como toda la teoría marxista, se justifica por su capacidad de articular una práctica revolucionaria efectiva. Por ser capaz de romper los velos de misticismo de la ideología dominante, por ser capaz de reproducir el desarrollo real del mundo en categorías bien definidas.

¿Qué aporta la teoría leninista del imperialismo hoy en día? Principalmente dos cosas. Primero, al aportar claridad a la verdadera significación de buena parte de los conflictos internacionales permite a los comunistas identificar la contradicción principal y no olvidar que su tarea prioritaria es la de oponerse a «su» propio imperialismo. A «sus» propios Estados que llevan expoliando y oprimiendo a $\frac{3}{4}$ partes del planeta durante generaciones. A identificar toda la propaganda sobre el carácter humanitario de la influencia imperialista en el mundo, su papel «civilizador», como la basura reaccionaria que es. A tener como objetivo estratégico el redirigir cualquier conflicto contra «sus» propias clases dominantes. A saber que la única manera de real de ayudar a nuestros hermanos y hermanas proletarias en otros países es haciendo la revolución en casa y acabando con nuestra burguesía imperialista.

Segundo, al señalar la unidad entre el contenido económico y la forma política del imperialismo despeja cualquier ilusión sobre un «imperialismo de rostro humano». El imperialismo no es una de las políticas posibles del capitalismo en su fase superior, es su *única* política posible. La convivencia pacífica entre potencias imperialistas, las alianzas temporales, «no pueden constituir, inevitablemente, más que “treguas” entre las guerras»⁹. El «ultraimperialismo» de Kautsky, la paz eterna entre los monopolios debido a su enorme grado de dependencia, no es más que un «ultradisparate»¹⁰. Llegados a cierto punto de desarrollo de la lógica imperialista «sólo la guerra puede suprimir la desproporción entre el desarrollo de las fuerzas productivas y el dominio global de las potencias imperialistas»¹¹. Todo el siglo XX es una enorme matanza que justifica una y otra vez esta observación. El reformismo puede seguir pidiendo, muchas veces con la boca pequeña,

⁹ Ibid., página 154.

¹⁰ Ibid., página 119.

¹¹ Ibid., página 126.



la «paz para nuestros tiempos», pero nunca habrá paz posible sin antes pasar por la revolución y la dictadura del proletariado como garantía última del respeto a los intereses de clase de la inmensa mayoría. Aquí, como antes, está la línea que divide a comunistas de oportunistas.

Ninguna categoría marxista es eterna. La dialéctica de la continuidad y la ruptura nunca

se detiene. Es posible que algún día haya que revisar las aportaciones fundamentales sobre el imperialismo de Lenin en mayor o menor profundidad. No seremos nosotros quienes lo neguemos. Pero para ello habrá que partir de Lenin, ir con Lenin, y avanzar gracias a Lenin. Sin claridad en esta cuestión fundamental del comunismo contemporáneo es imposible entender nada.





De los conflictos imperialistas y la teoría de la contradicción

«La dialéctica, en sentido estricto, es el estudio de la contradicción en la esencia misma de los objetos.»

VI. Lenin

Sobre la teoría de la contradicción

Desde el inicio mismo del desarrollo del materialismo científico, las y los marxistas hemos contrapuesto la visión dialéctica del mundo a la visión metafísica, dominante como forma de pensamiento y análisis hasta las aportaciones de Marx y Engels al movimiento proletario internacional.

Esta lucha contra el evolucionismo vulgar no es ni baladí ni caprichosa, sino que responde a la necesidad de analizar la evolución de las sociedades desde el método científico, con la seguridad de que es el único método que nos permitirá no sólo entender el mundo en que vivimos, sino, como decía Marx, transformarlo.

Cuando Lenin asegura que el estudio de la contradicción es la esencia misma de la dialéctica, está refiriéndose al desarrollo de su célebre frase «análisis concreto de las circunstancias concretas», que implica desde —el punto de vista del materialismo científico— el análisis no sólo del proceso de desarrollo de algo, sino de todo lo que implica ese proceso y de las diferentes contradicciones que dan lugar a él y que derivan del mismo. Esto es el

análisis concreto de las circunstancias concretas que propone la teoría marxista, y no el análisis estático e inmutable de un hecho concreto separado de todas sus implicaciones, que es como interpretarían esta frase los revisionistas metafísicos y como propone la hegemonía dominante burguesa que la clase obrera interprete el mundo.

La concepción dialéctica del mundo analiza cada proceso como una unidad de contrarios, que son excluyentes a la vez que recíprocos. La suma implica a la resta y la resta implica a la suma, porque son partes contrarias de un todo; de la misma manera que no puede haber vida si no hay muerte, ni arriba si no hay abajo. Esta es la idea de la unidad de los contrarios en la teoría de la contradicción.

En contraposición, la teoría metafísica separaría la suma de la resta, como dos entes que ninguna relación tienen entre sí y cuyos cambios son mecánicos y nunca autodinámicos: aumento y disminución, en este caso. De la misma forma, ve la muerte separada de la vida, como dos hechos —que no procesos— unilaterales, donde el cambio es causado por agentes externos.

Así, encontramos que la contradicción está presente en todo y en todo momento —es uni-

Línea Roja

De los conflictos imperialistas y la teoría de la contradicción

versal— obligándonos, para llegar a conclusiones sobre procesos y hechos concretos, a analizar la particularidad de cada contradicción para determinar entonces que contradicciones se encuentran más agudizadas en el momento concreto de un proceso.

En este sentido, el materialismo científico defiende que el desarrollo de la historia está basado en el desarrollo de la lucha de clases, situando la contradicción fundamental, en el caso del capitalismo —incluida su fase imperialista actual— en la contradicción capital-trabajo. Sin embargo —y aunque esta contradicción es la que influye en todo el resto de contradicciones— cada momento de un proceso debe analizarse de manera particular para convenir si la contradicción principal, es decir, la que está más agudizada, es la fundamental u otra.

Un ejemplo muy recurrente y didáctico aquí es el caso de los fascismos. Cuando un pueblo pasa de una democracia burguesa a una dictadura fascista, la contradicción principal deja de estar en

tre la clase obrera y/o campesina y la burguesía, y se conforman unidades populares en contra del fascismo: se produce un cambio cualitativo que hace que la que era contradicción principal pase a segundo plano, colocando en primera plano otra contradicción, dándose un salto cualitativo de ese momento del proceso de desarrollo.

Es deber de toda persona marxista saber analizar cuál es la contradicción principal en cada momento, porque, en palabras de Mao, «*contradicciones cualitativamente diferentes, sólo pueden resolverse por métodos cualitativamente diferentes*». Si la contradicción principal de un proceso no es analizada, será imposible designar el método por el cual resolver cualitativamente esa contradicción.

Sobre los ataques imperialistas y el pensamiento metafísico

Aunque la hegemonía dominante sale a relucir constantemente, se recrudece espe-



cialmente en las reacciones de la clase obrera occidental ante un ataque imperialista. No es sólo la burguesía más reaccionaria la que inculca estas ideas en el pueblo, sino que aquí juega un papel especialmente importante la «izquierda» progresista de Europa y Estados Unidos.

Entramos ahora de pleno en el terreno del pensamiento metafísico a este respecto. La hegemonía dominante ha impuesto el pensamiento «humanista» como máximo exponente de la lógica, plasmado en el llamado «*sentido común*».

Esto ha servido durante siglos para justificar todo tipo de ataques imperialistas contra países y población civil. Durante la guerra fría Estados Unidos utilizó la lucha contra la «*amenaza comunista*» como eufemismo de invasión de países de los que quería obtener recursos naturales, frenar el avance del socialismo y las luchas populares o tomar el control de Gobiernos mediante dictaduras militares —como ocurrió con especial ferocidad en la década de los 70 en América Latina—. En los últimos años —aproximadamente desde el 11-S— hemos visto como se hacía en nombre de la «*lucha contra el terrorismo*» —con especial énfasis hacia los «*musulmanes e islamistas radicales*»— para poder seguir alimentando a los oligopolios y monopolios propios de la época imperialista del capitalismo.

Ante la raíz económica, y por lo tanto política, de las causas por las que se llevan a cabo estas acciones por parte de las potencias imperialistas, la hegemonía ha impuesto la palabra «*democratización*», algo que responde perfectamente al esquema humanista que se ha implantado en la cultura de la clase obrera. Se imparte un discurso unilateral, donde no existe la lucha de clases, sino las personas. Y a éstas se las divide en «*civilizadas*» y «*no civilizadas*» a conveniencia de las grandes potencias del mundo.

Donde el capital sí piensa en las contradicciones principales y secundarias, le impone a los pueblos del mundo un pensamiento muy distinto, uno capaz de justificar la mayores atrocidades en nombre de la democracia. Y de

nuevo, Lenin huía del pensamiento metafísico y analizaba teniendo en cuenta la existencia de contradicción preguntando «¿*Democracia para quién?*».

La izquierda progresista y revisionista de occidente —se vista de anarquista o de comunista— se delata de manera muy evidente cuando se posiciona ante un conflicto imperialista. Mucha de la izquierda que es muy radical contra los desahucios se vuelve de lo más reaccionaria cuando la OTAN anuncia un nuevo bombardeo. En los últimos años hemos visto cómo se le caía la careta a infinidad de organizaciones y figuras de «*izquierdas*» ante las llamadas «*primaveras árabes*» o ante las invasiones a Libia y Siria, así como con el conflicto en Ucrania.

Los reformistas y revisionistas son metafísicos en su misma esencia, incapaces de analizar las contradicciones principales y secundarias de un mismo proceso. Incapaces de extrapolar el papel que juega la unidad de los contrarios en cuanto una contradicción principal pasa a un segundo plano, en cuanto hay el más mínimo cambio cualitativo. Son incapaces de entender la realidad, porque son incapaces de utilizar el método científico y por ello acaban alineados con la misma clase que aquí nos desahucia.

La progresía occidental no sólo es incapaz de realizar los análisis correctos, sino que además no está interesada en hacerlo, porque parte de ella es muy consciente de los beneficios que les otorga su posición en el mundo, en un país desarrollado —desde el punto de vista capitalista—, viviendo a costa de la explotación e invasión a los países de los que se extrae recursos y mano de obra barata para aumentar la tasa de ganancia y la concentración de capitales.

La agenda de la burguesía dicta y los portavoces de la izquierda en occidente hacen de altavoz, para frenar el avance de la clase obrera con conciencia. Para volver a repetir el discurso de la «*democratización de la gente no civilizada*». Para justificar invasiones de la OTAN una y otra y otra vez. Por ello, cuando la OTAN está

a punto de bombardear Siria, los aliados del capital en «*la izquierda*» se dedican a sacar artículos y documentos de lo «malo» que es Al Assad, cuando no habían ni oído su nombre, cuando ni sabía colocar Siria en un mapa.

Mientras tanto, la izquierda revolucionaria tiene el deber y la responsabilidad de analizar el cambio cualitativo en las circunstancias concretas para defender que, donde la contradicción principal en Siria era capital-trabajo, la que se acaba de agudizar, tornándose en principal, es una contradicción imperialismo-antimperialismo —como analizaremos más en profundidad

en este número—. Y cuando cambia la contradicción principal, cambia la naturaleza de la cosa, cambia el sistema de alianzas y cambia el método por el cual se resuelve dicha contradicción.

Hay que observar los movimientos de los contrarios en cada circunstancia para poder determinar con justeza la forma más apropiada de resolver las contradicciones, porque sin método científico nos mantenemos estáticos y mientras el mundo se mueve, si nosotros no lo hacemos, podemos acabar en la barricada equivocada.





Imperialismo Moderno

La teoría clásica del imperialismo, esencialmente personificada en la figura de Lenin, nos deja un rico legado teórico y político sobre el cual desarrollar análisis del funcionamiento actual del capitalismo y la caracterización de las diferentes potencias económicas dentro de este marco teórico. Atendiendo a las necesidades teórico-prácticas del momento actual debemos conectar con tres aspectos principales de las líneas clásicas del imperialismo para nuestro análisis. En primer lugar que la naturaleza última del capitalismo es «*esencialmente económica*» y por tanto, la caracterización de cualquier país dentro del funcionamiento del capital internacional deberá atender a su papel económico. En segundo lugar, debemos poner el punto de vista en el predominio de la exportación de capitales como mecanismo fundamental del imperialismo y especialmente en el imperialismo desarrollado llegando a su propio declive, exacerbando su carácter parasitario. Finalmente en tercer lugar, el punto determinante para lograr conectar las diferentes formas en las que se manifiesta, el imperialismo es la forma externa en la que se manifiestan las contradicciones internas del capitalismo desarrollado. Por ello, comprender las contradicciones internas que afectan al capital en cada momento nos da capacidad para comprender las diferentes formas en las que se manifiesta de forma necesaria el imperialismo. El capitalismo responde a través del imperialismo para dar respuesta fundamentalmente a dos contradicciones internas:

1) Progreso técnico y tasa de ganancia: el aumento de la composición orgánica del capital y

en consecuencia, la caída de la tasa de ganancia. Siendo las formas clásicas de revertir la ley: Aumentar el grado de explotación, intensificación de la explotación del trabajo, abaratando los elementos que componen el capital constante y abaratando los elementos que componen el capital variable por debajo de su valor. Además de ello la destrucción masiva de valor aparece como una alternativa para hacer retornar la tasa de ganancia (promoción de guerras como vía principal).

2) Producción y realización: producción de valor y plusvalía y su posterior realización/acumulación especialmente en Occidente, como sociedad para el consumo.

A diferencia del momento histórico en el que Lenin desarrolló su obra, hoy ya no aparece ningún rastro del colonialismo clásico y por tanto el imperialismo emerge en sus formas más explícitas y escuetas. Tras la total destrucción de los modos de producción locales de las colonias y la constitución de los organismos internacionales para el dominio del capital internacional (mercado mundial, FMI, Banco Mundial, etc.) se impone como forma de subyugación de las naciones del Sur Global el dominio indirecto por medio del capital. No debemos olvidar tampoco el papel del movimiento revolucionario que ha obligado a que se produzca este proceso de descolonización, aunque de por sí ya era posible históricamente para el capitalismo. De este modo se sacrifica el colonialismo por afianzar el imperialismo y por tanto el dominio internacional del capital desarrollado. Esto no significa que la política expansionista y

las agresiones imperialistas hayan desaparecido, pero se abandona el dominio militar de los territorios, siendo posible el dominio esencialmente económico por el capital, dejando el planeta sumido al capital imperialista.

La diferencia entre el colonialismo e imperialismo, es que mientras que el imperialismo se caracteriza por el dominio económico y la exportación de capitales, el colonialismo se asentó sobre el dominio militar y la exportación de capital en forma de mercancías, inundando el mercado de la colonia (proceso de sobreacumulación de capitales en las potencias imperialistas a los que debe darse salida en las colonias). Durante la segunda mitad del siglo XX el imperialismo todavía presentaba movimientos económicos semejantes a los que habían caracterizado al colonialismo: expolio de materias primas, industrias extractivas, etc. Este periodo se caracterizaba por la producción de mercancías en los centros imperialistas y el expolio de materias primas del llamado Tercer Mundo.

Sin embargo, conforme el desarrollo tecnológico adquiere carácter internacional como forma de salida de los excedentes de capital imperialista, cambia el escenario de la producción internacional de mercancías. El desarrollo de determinados países con alta capacidad productiva (Rusia, China, India, Brasil, Sur África, etc.) o la creación de zonas productivas altamente especializadas a lo largo de todo el Sur Global permiten que el capital productivo se localice en las zonas con suficiente desarrollo de las fuerzas productivas para obtener elevadas tasas de explotación de plusvalía.

«La superabundancia de trabajo, que en éstos [ramos de la industria] produce la caída del salario por debajo del valor de la fuerza de trabajo impide el uso de la maquinaria y lo hace superfluo, a menudo imposible, desde el punto de vista del capital, cuya ganancia, por lo demás, proviene de la reducción no del trabajo empleado, sino del trabajo pago. (...) Los yanquis han inventado máquinas para picar piedras. Los ingleses no las emplean, ya que el «miserable» que ejecuta ese trabajo recibe como pago una parte tan ínfima de su labor, que la maquinaria encarecería la producción

desde el punto de vista del capitalista. Para sirgar, etc., en los canales, en Inglaterra todavía hoy a veces se emplean mujeres en vez de caballos (...). De ahí que en ninguna otra parte como en Inglaterra, el país de las máquinas, se vea un derroche tan desvergonzado de fuerza humana para ocupaciones miserables.»

Karl Marx, *El Capital*

El capitalismo se ha encontrado en la encrucijada sobre el beneficio del aumento de la explotación del trabajo aumentando el capital invertido en forma de maquinaria. El proceso de desviar beneficios coloniales para la intensificación de la explotación en Occidente se chocó con la caída del beneficio y con el crack de los 70, un crack en el modelo de acumulación. Como Marx señalaba, el capitalismo no busca la forma más eficiente de realizar el trabajo, sino aquella que le permite obtener más beneficio incluso cuando esto supone emplear enormes cantidades de mano de obra miserable. El pagar salarios por debajo de su valor supone un freno a la inversión en maquinaria ya que los beneficios proceden no de reducir el trabajo necesario para producir una mercancía, sino de reducir los salarios por debajo de su valor. De este modo, emplear trabajadores de bajos salarios es más barato y más beneficios que invertir



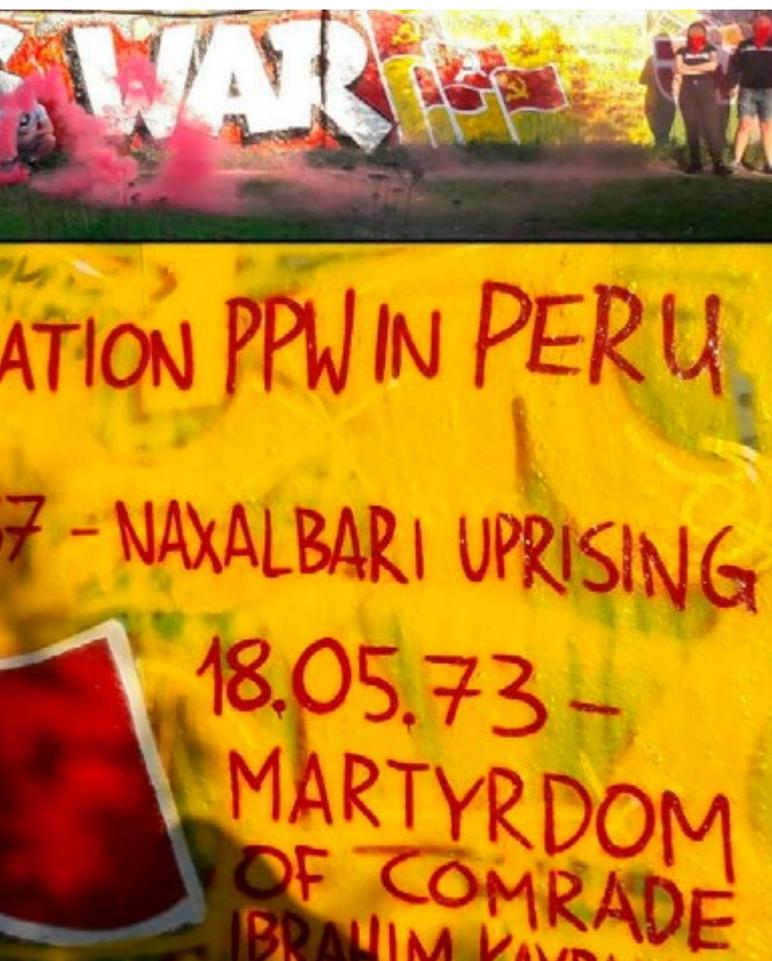
en maquinaria. Ello explica que las altas tasas de beneficio en los últimos años en Occidente con las tasas de reinversión en maquinaria más bajas de la historia.

De esta forma, domina la exportación de capitales hacia lugares que presentan bajos salarios y elementos baratos del capital constante (materias primas). De este modo el imperialismo intenta revertir la caída de la tasa de ganancia desarrollando un nuevo paradigma en la producción/realización de plusvalía, es decir en la relación de la contradicción capital-trabajo a nivel global. Los países de bajos costes laborales del Sur Global son los nuevos exportadores de mercancías a nivel internacional para el consumo en las potencias imperialistas, donde se realiza la plusvalía producida para su acumulación en Occidente. *«La extracción de plusvalor es organizado por la burguesía nacional colonial pero sus frutos son abrumadoramente cosechados por las compañías del Norte»*. Zak Cope estima entre 4 y 7 billones de dólares cada año la transferencia de valor hacia la OCDE solo por medio de mecanismos de intercambio desigual. El Intercambio desigual afecta al comercio de mercancías que han sido producidos bajo diferentes relaciones entre capital invertido en salario y capital invertido en

maquinaria, originando una transferencia de valor en contra de los productores con altas tasas de explotación del trabajo. Cuando esto se produce entre naciones favorece el flujo de capitales desde los países de bajos salarios y altas tasas de explotación hacia Occidente, que posee menores tasas de explotación por los altos salarios y mayor proporción de maquinaria en relación al trabajo empleado (composición orgánica del capital). En última instancia, las naciones del sur entregan más trabajo del que reciben de Occidente en el intercambio.

No se debe analizar todos los procesos económicos imperialistas exclusivamente desde la perspectiva de la Inversión Extranjera Directa (inversiones en capital fijo o toma de control de las empresas, una forma de afianzar los dominios sobre áreas de influencia). Cada vez más se impone la independencia económica de las empresas que operan en los países de bajo coste laboral para la exportación a países imperialistas. Este mecanismo se denomina *arm's-length outsourcing*, subcontratación *«en igualdad para negociar condiciones»*, haciendo referencia a las empresas que no son filiales de la multinacional para la que produce, sino que son empresas formalmente independientes.

Por otro lado, la alta participación de la IED entre países imperialistas puede ocultar el mecanismo principal imperialista. Este fenómeno de alta inversión de capital entre potencias imperialistas ha nublado la perspectiva de gran número de economistas que no han sabido encontrar la fuente de los super-beneficios de los monopolios en las neo-colonias. Los países imperialistas invierten en otros países imperialistas como forma de ganar mercados o esencialmente para comprar otras firmas, para aprovecharse en la redistribución de superbeneficios imperialistas o por último, como forma de beneficiarse de desarrollos tecnológicos punteros, patentes, etc. Estos movimientos de capitales nos dan más información sobre la centralización del capital que sobre mecanismos de subyugación imperialista. La IED aparece como un mecanismo de menor relevancia que la que presentaba décadas atrás, cuando las propias multinacionales producían a través de



sus filiales en otros países. Pese a ello, en 2013 la IED en países en desarrollo superó por primera vez la presente entre países imperialistas, como reflejo del cambio esencial en la contradicción capital/trabajo a nivel internacional.

Como hemos visto, el capital monopolista ni siquiera requiere de la implantación de fábricas en territorio extranjero, la propia burguesía nacional de los países del sur asume ya ese papel en una «*carrera por el fondo*», en una competencia encarnizada entre las industrias del Sur Global por la producción más barata a costa de los salarios. La competencia no se produce entre monopolios, sino entre los trabajadores que se dedican a los mismos procesos técnicos de producción en los países de bajos salarios. Es falso por tanto que los países entren en competencia en la producción de mercancías con los países del imperializados, sino que la producción en estos países es una fase esencial integrada en la producción de Occidente. De este modo se aumentan los márgenes de beneficio de las mercancías que serán posteriormente consumidas en Occidente y donde los mayores rangos de beneficio serán acumulados por los monopolios imperialistas.

Dentro de este nuevo paradigma en la relación capital/trabajo, también se deslocalizan determinadas secciones de la producción de los monopolios, especialmente aquellas que requieren mucha mano de obra. Gran número de empresas imperialistas dejan de poseer fábricas propias y se subcontratan totalmente los procesos de producción física de mercancías a otras empresas nacionales de estos países. Las grandes empresas reducen sus tareas al diseño, software y comercialización. Por ejemplo Apple, la empresa más grande y valorada del mundo no posee ninguna fábrica. Los países del Sur se hacen expertos en determinados procesos de trabajo y las grandes potencias entre los países en desarrollo reciben entradas de secciones semi-desarrolladas para terminar su producción y exportarlo a Occidente. Las cadenas de valor internacional definen este proceso por el que las mercancías en su producción pasan por diferentes países para diferentes procesos productivos. Por ejemplo, Japón produce determinadas

piezas de altas tecnologías que son ensambladas y manufacturadas de vuelta a Japón o a Occidente desde otros países asiáticos que asumen los procesos de trabajo intensivo.

Además del proceso de deslocalización de la producción, se suman otras formas de dominación económica a las neocolonias: exportación de capital imperialista, fijación de precios por parte de los monopolios, presión en la reducción de precios para las filiales extranjeras de los monopolios, propiedad intelectual sobre patentes, hegemonía monetaria de monedas como el dólar o la libra, etc. Sin embargo, estos no son el mecanismo principal de la fase actual del imperialismo, los superbeneficios imperialistas no proceden tanto del intercambio desigual en la compra de materias primas a campesinos coloniales, sino de los flujos de plusvalía en las cadenas de valor producidas por empresas plenamente capitalistas en las neo-colonias. Como hemos analizado anteriormente, las naciones imperialistas han dejado de poseer los medios de producción mundial para asentar su dominio sobre ciertos sectores esenciales que les permiten dominar la producción de otras naciones. Estas actividades económicas en las que el imperialismo mantiene un control monopolista a nivel mundial son: actividades financieras y el crédito, el desarrollo de mercancías de alta tecnología, propiedad sobre el petróleo, hardware, armamento y la propiedad sobre las patentes. Además el monopolio sobre la producción de alta tecnología y sobre las patentes evita que se socialicen avances tecnológicos punteros y por tanto, atrincheran a estos monopolios en la obtención de beneficios por encima de la media de sus competidores (plusvalía relativa extraordinaria). Venden a precios semejantes a sus competidores cuando sus costes de producción son mucho menores. De esta forma el monopolio evita que se equilibren las tasas de beneficio para obtener super-beneficios de sus rivales. Este mecanismo afecta esencialmente a competidores imperialistas ya que como hemos dicho antes Norte y Sur no compiten en la producción de mercancías.

Todas las empresas del norte se aprovechan de los mecanismos imperialistas, ya que los beneficios

realizados en el norte sirven para pagar salarios, servicios contratados, publicidad y especialmente, el parasitismo financiero e impuestos para el Estado aumentando el PIB de los países donde se consume las mercancías bajo el mito del «*elevado valor añadido*» en Occidente. El propio Estado recibe en forma de impuestos mayores sumas de dinero que los propios beneficios monopolistas o que el capital en forma de salarios necesario para producir la mercancía. Por ejemplo, por cada camiseta de H&M de 4,95 €, la empresa ingresa un beneficio de 60 céntimos, obteniendo el estado Alemán, solo en concepto de IVA, 79 céntimos. El fabricante en Bangladesh por su parte recibe 1,35 € por la camiseta finalizada, pagando salarios de 1,36€ al día por jornadas de 10-12 horas, dándose la paradoja de «*la miseria del productor y la riqueza de la marca*». Los canales de plusvalía entrantes a los países imperialistas sostienen una enorme cantidad de actividades no productivas además de subir los salarios del proletariado de los países imperialistas, como una clase consumidora (productora en general en ramas económicas no productivas) generando una ingente masa de aristocracia obrera. Además de ello, el auge del parasitismo se presenta como el dominio de los servicios financieros y actividades rentistas en las economías imperialistas. En los países imperializados estas actividades, pese a estar presentes, no resultan en absoluto dominantes, y su rango de actuación a nivel de inversión en el extranjero se restringe a la inversión en su entorno fronterizo, frente a la capacidad de movilización a nivel mundial del capital imperialista.

«*Un estudio reciente sobre las interconexiones de las empresas transnacionales (de las que el estudio identifica 43.060 según los criterios de la OCDE), estima que casi el 40% del valor económico de las empresas transnacionales en el mundo es controlado, a través de una compleja red de relaciones de propiedad, por un grupo de 147 empresas, estrechamente ligada a un núcleo compacto y reducido de instituciones financieras. Como señala Paolo Giussani, la exportación de capital – que en buena medida se siguió concentrando en los países desarrollados de la OCDE – ha sido conducida «por sectores ligados más o menos directamente a las finanzas y a la especulación de corto plazo.» Se considera que, incluso en estudios que infraestiman el efecto,*

un tercio de la circulación de capital se produce dentro de una misma marca, llegando incluso al 47% en el caso de los EEUU. Es por ello que en el nuevo escenario mundial los países de bajos salarios son exportadores netos de mercancías a Occidente.»

John Smith, *El imperialismo en el siglo XXI*

El fenómeno actual deja de ser la exportación de mercancías producidas en un país de bajo costo laboral por una firma imperialista (generalmente asociado a la Inversión Extranjera Directa), sino la exportación desde empresas nacionales de estos países hacia Occidente (aunque estas empresas reciban inversión directa desde los países imperialistas no son fábricas propia de la firma que compra sus productos). El 67% del total del valor añadido generado en las cadenas de valor global es capturado por las multinacionales imperialistas; de esta modo, pese al déficit en el comercio exterior (importaciones que duplican a las exportaciones), las empresas imperialistas generan enormes beneficios y reparten el pastel a través de impuestos y contratación de otros servicios en los países imperialistas (distribución, publicidad, transporte, etc.). Un total de 737 multinacionales controlan el 80% de la riqueza del mundo. Las economías en desarrollo representaron el 41% del comercio mundial de mercancías en 2014 y la UNCTAD revela que el beneficio de los monopolios se produce en países en desarrollo. En torno al 80% del comercio global se conecta con las redes internacionales de producción de las empresas multinacionales y en torno al 60% consiste en intercambios de mercancías intermedias y servicios que son incorporados en varias etapas en el proceso de producción de mercancías y servicios para su consumo final.

Las nuevas características del imperialismo se caracterizan por un ascenso de los productos intermedios en el comercio internacional para integrarse en los diferentes estadios de las cadenas de valor, junto con la exportación de productos acabados desde los países de bajos salarios para las marcas y consumidores de los países imperialistas. Esto contrasta con el im-

perialismo clásico y el colonialismo en el que el comercio se reducía a traspaso de materias primas desde las colonias y las metrópolis inundaban los mercados de las colonias con mercancías terminadas producidas en la metrópoli. Sin embargo, la importación de materias primas y productos alimenticios mantienen las relaciones clásicas imperialistas. Este nuevo paradigma de imperialismo es un paso más en su propio declive, exacerbando el parasitismo, el control monopolista del mundo y la explotación más absoluta de la clase obrera para mantener su marcha funeraria.

«En tanto el capital es débil, se apoya en las muletas de modos de producción perimidos o que caducan con la aparición de aquél. No bien se siente robusto, arroja las muletas y se desplaza con arreglo a sus propias leyes. Tan pronto como comienza a sentirse a sí mismo como barrera al desarrollo recurre a formas que, aunque parecen dar los últimos toques al dominio del capital moderando la libre competencia, al propio tiempo anuncian la disolución de aquél y del modo de producción en él fundado.»

Karl Marx, *Grundrisse*.

Acompañado este proceso de auge y declive del capitalismo encontramos diferentes formas predominantes de acumulación. La plusvalía absoluta en sus inicios incluyendo el saqueo imperial y el apoyo que suponía el trabajo esclavo y el régimen feudal de la tierra. En su apogeo, la acumulación se sustenta en la extracción de plusvalía relativa en Occidente, apoyada sobre el expolio colonial para la

inversión en maquinaria. Resultaría imposible concebir la revolución de la máquina de vapor de Watt sin la revolución que suponía el algodón esclavo, los productos alimenticios de Irlanda o la India y los beneficios de la trata. Ahora en su declive cambia nuevamente la relación capital-trabajo extendiéndola a nivel internacional mediante las cadenas de valor y basando la acumulación en la super-explotación como forma predominante de acumulación. La fuerza laboral del Sur constituye el 80% del proletariado global por la proletarización masiva de población motivada por los fenómenos de subcontratación de la producción. De este modo, el capital monopolista puede acceder a las reservas mundiales de fuerza de trabajo, manteniendo enormes diferencias salariales a costa de levantar fronteras para el proletariado. Los capitalistas dominan las mayores riquezas vistas en la historia con la menor fracción de ella siendo invertida productivamente, dedicándose a la especulación y al parasitismo de las cadenas de valor.

Esta es una breve panorámica del estado actual del capitalismo a nivel global y las dinámicas del imperialismo, del capitalismo que se siente a sí mismo como una barrera, el capitalismo parasitario y en declive que apenas logra mantener su tambaleo mortecino a costa de la super-explotación del proletariado internacional. Una vez más en la historia el proletariado tomará el testigo de la bandera roja de la emancipación universal para *«agarrar al mundo capitalista por el cuello y derribarlo»*.





China y Rusia en el siglo XXI

La última gran crisis del capitalismo internacional, que lejos de haber remitido parece extenderse incendiando el Sur Global, ha precipitado la economía global hacia el absoluto estancamiento y a procesos deflacionarios. El PIB de las llamadas economías en desarrollo (Rusia, Brasil, México o Turquía, a excepción de India y China) tras máximos históricos entre 2011 y 2013 termina colapsando, alcanzando para 2015 los niveles registrados tras el estallido de la crisis. Es en este marco donde los capitalistas no encuentran más alternativas que el continuado uso de las agresiones imperialistas a lo largo de planeta, como los espasmos finales de un cadáver que se resiste a reconocer su propio final. Ha sido en los últimos saqueos imperialistas, con especial énfasis en Libia, Ucrania y Siria, que empieza a hacerse cada vez más sonada la idea de que estas guerras han sido escenario de un choque entre «bloques imperialistas». Por un lado el bloque imperialista de la OTAN y por otro lado, el supuesto bloque imperialista de China y Rusia esencialmente, siendo defendido estos posicionamientos por parte de revisionistas de toda índole, desde trotskistas hasta izquierdistas teóricos. En este tipo de círculos parece deducirse el carácter imperialista de tales supuestos bloques por el modelo de cazas y el tipo de armamento de los arsenales o por el número del último congreso del Partido Comunista de turno.

Sin embargo, esta forma de actuar es completamente ajena al marxismo, especialmente desde la existencia de un concepto científico de imperialismo, a partir del cual debemos partir para hacer

tal tipo de aseveraciones. En la mayoría de los casos este tipo de teoría de bloques se corresponde con un alineamiento directo (reformismo) con la burguesía imperialista, o realizar este alineamiento realizando un rodeo cínico (izquierdismo). Por ello resulta de especial relevancia combatir esta forma de analizar el carácter imperialista de un país, especialmente a la hora de analizar un conflicto armado, en el que en la política de alianzas el proletariado se está jugando o la destrucción del país o la alternativa de poder mantener la lucha proletaria. Por otro lado, perteneciendo a un país imperialista, tachar de imperialistas a países en los que no se ha analizado tal carácter, implica actuar de voceros del imperialismo propio.

En el siguiente artículo nos proponemos hacer un análisis económico-político de Rusia y China, especialmente atendiendo a su rol dentro de la creación y acumulación de valor a nivel internacional. De ello esperamos sacar algunas conclusiones a la hora de poder caracterizar su papel dentro del capitalismo desarrollado. Aunque se harán referencias a algunos aspectos militares o de influencia territorial, el imperialismo no se define por la influencia económico político de dos países de forma abstracta. Será el propio análisis concreto de las relaciones económicas internacionales de ambos países el que nos dará información sobre su carácter imperialista o negará tal categorización.

Solo se atenderá a las transformaciones económicas sucedidas tras la caída del bloque socialista y la victoria del ala derecha del Partido Comunis-

ta de China. En ambos casos partimos de países en los que se realizó, mediante el socialismo, la tarea de desarrollo de las fuerzas productivas e industrialización acelerada. Es importante destacar que estas tareas de desarrollo no se realizaron mediante un periodo de capitalismo ni de dominio colonial. El periodo socialista permitió además romper con las relaciones de dependencia colonial, llevando a una considerable independencia económica en comparación con otros países en desarrollo en la actualidad. Por tanto, el pasado socialista marcará profundamente las transformaciones sufridas en ambos países y la forma en la que se integran en el mercado mundial.

Federación Rusa

La transición productiva sufrida por Rusia tras la caída de la URSS se caracteriza por un proceso de desarrollo de la economía de mercado conducido a través de la liberalización económica. En primer lugar se reconoce la propiedad privada de los medios de producción y se conduce la liberalización hacia el fin del control planificado sobre la producción y la fijación de precios por parte del Estado; además, se desmantelan los sectores productivos mediante la privatización acelerada.

Todas estas medidas se introducen en Rusia por influencia directa de las políticas económicas marcadas por el FMI. En el proceso de privatización de los sectores productivos se elimina cualquier restricción sobre la capacidad de acumulación. Las privatizaciones masivas de las empresas estatales se presentaron a las masas como una entrega del tejido productivo al pueblo, aunque en la práctica estos procesos supusieron ceder la propiedad privada a los altos gestores de las empresas estatales. Para 1995 el 47% de las empresas ya eran privadas. Pese a ello, a día de hoy el Estado tiene una gran participación en las grandes empresas del país y se mantienen algunas empresas estatales.

Tras este violento proceso de transición económica, se produjo una fuerte contracción del peso relativo de la producción en el PIB, que en 1994 era el 64,5% del PIB en 1990. Zak Cope señala que en la década de los 90 se produce un retroceso en el PIB per cápita de Rusia del 32% mientras que la tasa de crecimiento de la desigualdad de ingresos ascendió al 81%; esto evidencia que la contracción de la producción empobreció enormemente a la clase obrera, mientras que se aumentaba la centralización de capital en pequeñas élites de grandes burgueses. Los procesos de reconversión económica arrasaron directa-



mente con la industria pesada y ligera, llevando a una profunda deuda privada contra el Estado y los bancos. Los bancos comerciales privados aparecen en Rusia como apéndice del banco central al estilo americano, gestionando los canales de financiación de la economía productiva. En enero de 2016, los fondos propios de los bancos rusos superaron los 9.008 miles de millones de rublos, un 11,2% del PIB.

El capital bancario y el capital industrial se ligan íntimamente en los procesos de privatización. En primer lugar, el Estado empleaba empresas como aval para créditos de deuda, lo que unido al déficit estatal, llevó a que gran número de empresas estatales fueran acaparadas por el capital bancario. Además esta unión entre capital bancario e industrial se producía en el acaparamiento de recursos naturales, ya que los propios productores gestionaban los recursos financieros asociados a estas materias.

En este proceso de desmantelamiento del Estado soviético, se mantiene el elevado endeudamiento y la evasión fiscal llevando a una falta de medios para generar ingresos por parte del Estado. La estabilidad interna se consigue a través de la promoción del nacionalismo ruso centralista (apoyado por el PC) sofocando la crisis nacional en la guerra de Chechenia y manteniendo sus áreas de influencia histórica, como la intervención en la guerra de Georgia o el reciente apoyo a Ucrania. Además se produce la entrada en la OMC, enfocando la economía hacia la exportación (actualmente en torno al petróleo) y la protección del mercado interior.

Con respecto a su política exterior Rusia se ha mostrado mucho más proactiva en los últimos 10 años. Mantiene las áreas de influencia económico-política en torno a la Comunidad de Estados Independientes (constituida por 10 ex-repúblicas soviéticas). Recientemente el proyecto de la CEI se está desarrollando y consolidando creando la Unión Económica Euroasiática, creando un mercado común único, libre circulación de personas y unidad arancelaria mediante la Unión Aduanera Euroasiática. En materia económica uno de

los objetivos centrales es regular la competencia en el comercio exterior de materias primas, especialmente de hidrocarburos (la UEE es la mayor productora del mundo de gas natural y petróleo), de los cuales dependen la mayoría de economías integrantes. Este proyecto tiene como visos futuros de tener banco central propio y moneda única para 10 o 15 años. No debemos pasar por alto la capacidad política e influencia que ejerce Rusia en este cinturón, y evidentemente, también aspira a incrementar su zona de hegemonía cercana especialmente mirando hacia Siria, Irán y Turquía. Ejemplos de ello son los proyectos de oleoductos junto con Irán y Siria o la propuesta de entrada a la UE a Turquía. Además estas zonas de influencia son empleadas como cinturón de seguridad contra posibles agresiones de EEUU, ejemplo de esto es la Organización del Tratado de la Seguridad Colectiva entre ex-repúblicas soviéticas con acercamientos hacia Irán o la Organización de Cooperación de Shanghai junto con China y recientemente India y Pakistán. Su influencia territorial se caracteriza por el mantenimiento de sus bases y mantener cierta estabilidad e influencia en oriente medio junto con Irán.

Los países de América Latina también representan un importante centro de las exportaciones e importaciones rusas. Por ejemplo, en el año 2009, el intercambio comercial entre la Comunidad Andina (Bolivia, Colombia, Ecuador y Perú), y Rusia, alcanzó los 1.130 millones de dólares. En 2010 el intercambio comercial de Rusia con América Latina creció un 17 %. La apertura hacia los mercados en América Latina ha aparecido como una vía para la exportación de armas, especialmente hacia Venezuela. Los principales productos de exportación de la Comunidad Andina hacia Rusia son plátanos, rosas, café y uvas. Los principales productos de importación de la Comunidad Andina desde Rusia son helicópteros, abonos minerales o químicos, trigo y gasóleo.

Con respecto a las relaciones con África, pese haberse incrementado en los últimos años (el comercio entre ambos ha crecido un 16% entre 2002 y 2010), no parecen ocupar la agenda principal de Moscú. En 2011 el comercio entre Rusia

y África suponía casi 4500 millones de euros, no llegando a representar ni un 4% de los movimientos económicos de China en África. Para 2012 África solo recibía el 1,5% de la inversión Rusa en el extranjero. Los acercamientos producidos entre ambos se han asentado sobre la ayuda al desarrollo y cancelando paquetes de deuda, especialmente en el África subsahariana. Los intereses de Rusia en África se encontraron inicialmente en la minería aunque se han ido diversificando también hacia el desarrollo de infraestructuras, telecomunicaciones y servicios bancarios. Sin embargo está siendo China la que verdaderamente muestra capacidad a la hora de plantear este tipo de proyectos para el continente.

Analizando los datos estadísticos generales, las economías de la Comunidad de Estados Independientes se caracterizan por ser principalmente exportadoras de combustibles fósiles hacia Europa y regula la competencia ente los diferentes Estados miembros en cuanto a recursos energéticos. En el caso de Rusia es especialmente característica la exportación de petróleo y gas natural a Europa aunque en los últimos años el capital Ruso ha mirado hacia Asia, especialmente a China, Japón y Corea del Sur. Rusia se ha convertido en el mayor exportador de hidrocarburos, teniendo éstos un peso en sus exportaciones a todo el mundo del 59,1% en 2011. Actualmente, 80% de las exportaciones rusas de petróleo y 70% de las de gas tienen como destino los países de la UE, es por ello que Rusia busca diversificar el destino de sus exportaciones para evitar la dependencia de los mercados europeos orientándose hacia la emergente necesidad de recursos energéticos en Asia. De hecho los procesos inflacionarios en materias primas de las últimas décadas se deben al aumento de materias por parte de las economías emergentes asiáticas, especialmente China, motivado por el proceso de externalización de la producción Occidental.

Dentro de las cadenas de valor internacional debido a la enorme contracción económica tras la caída de la URSS y el desmantelamiento de su industria, Rusia ha perdido cualquier capacidad de competir en la producción industrial compleja en el mercado internacional. Por ejemplo, no debemos olvidar que

en 2015, el PIB de Rusia no llega a superar el PIB de otros países en desarrollo mucho más competitivos en la producción industrial como Brasil o India y apenas supera la mitad del PIB de California. Debemos entender el PIB no como una medida del valor producido sino esencialmente como medida del valor total producido que una región es capaz de captar. Los flujos de capital y el papel que ocupan las naciones en las cadenas internacionales de valor son determinantes para determinar su carácter imperialista.

En materia económica, los principales países receptores de las exportaciones de Rusia en el primer semestre de 2010 fueron: los Países Bajos, con un volumen de negocios de 28 400 millones de dólares (el 10% de la circulación total); y China, con 25 500 millones de dólares (9,0 %), según el Servicio Federal de Aduanas de Rusia. Las exportaciones Rusas se caracterizan por la escasa diversificación centrándose en hidrocarburos, fertilizantes y armamentos.

Respecto a sus principales importaciones, estas provienen de: China (12,9 %), Alemania (12,6 %), Japón (6,9 %), Ucrania (6 %), Italia (4,1 %), Estados Unidos (5,1 %) y Bielorrusia (4 %); correspondiendo mayormente a maquinaria y equipos, bienes de consumo, medicinas, carne, azúcar y productos de metal semielaborados. Las importaciones procedentes de China, Europa y EEUU se resumen en productos tecnológicos y de alta tecnología, maquinaria y también acero. Las exportaciones Rusas casi duplican a sus importaciones contrastando con el eterno déficit en el comercio exterior característico de las potencias occidentales con enormes flujos entrantes de capital al país.

A la hora de analizar las inversiones de capital Ruso nos centraremos en las Inversiones Extranjeras Directas (IED) que atienden a la inversión de capitales para la creación de empresas (o de influencia a empresas nacionales) con previsiones de largo plazo, distanciándose por tanto esencialmente de la inversión puramente especulativa. Sin embargo, los mecanismos de IED no son en absoluto los dominantes en los países imperialistas pero da información sobre las relaciones internacionales Rusas y son los datos más fácil de

rastrear (las extensas redes de capital de los monopolios a lo largo del planeta son francamente complicadas de analizar). Analizando los datos más recientes (desde 2007 a 2013) en cuanto a los flujos de IED del Banco Central de Rusia aparecen ciertos resultados que deben ser clarificados para comprender los intereses económicos rusos.

Puede resultar llamativo que los flujos de IED que se introducen en Rusia proceden esencialmente de paraísos fiscales: Chipre, Luxemburgo, Islas Vírgenes, Países Bajos e Irlanda. Estos países son empleados a nivel internacional como puntos a través de los cuales canalizar inversiones internacionales que proceden de otros países (Gran parte de las exportaciones de Alemania por ejemplo también se destinan a estos países). En Rusia este tipo de mecanismo (emplear a terceros países para camuflar el origen de sus inversiones y de las inversiones que se realizan en Rusia) parece tener un peso principal en su IED. Si se analizan los países receptores de IED rusa aparecen de nuevo Chipre, Islas Vírgenes y Holanda.

Se considera que esencialmente se producen dos fenómenos económicos que explican estos flujos de capital:

Inversión round-tripping: Rusia exporta capital a otro país donde este capital toma una nueva nacionalidad para regresar finalmente a Rusia. Es una práctica muy típica de Rusia desde la caída de la URSS. Este mecanismo concreto se puede emplear como vía de blanquear dinero o relacionado con la corrupción.

A través de estos paraísos fiscales realizar inversiones en otros países. Es especialmente relevante la inversión que realiza Rusia en Ucrania haciendo pasar su capital por Chipre. El capital Ruso podría llegar a representar entre el 33% y el 50% del total de capitales registrados en Chipre (donde se localizan importantes bancos rusos como el RCB Bank o gran presencia de capital ruso en los principales bancos chipriotas). Por su parte, el principal inversor en Ucrania es Chipre, inversiones con capital esencialmente ruso. Las IED rusas en Ucrania son del 5.2% a finales de 2008 mientras que las IED proce-

dentos de Chipre en Ucrania fueron de 21.5%. De esta forma Rusia coloca sus capitales esencialmente en Europa central y oriental. Sin embargo, no debemos sobreestimar el papel de Rusia en estos países ya que todos los países Europeos destinan enormes cantidades de capital a estos paraísos fiscales (por ejemplo Alemania en Chipre).

Los movimientos de capital entre potencias imperialistas pueden ocultar el verdadero sentido de la exportación de capitales ya que consiste esencialmente en la compra de firmas de otros países y la entrada en nuevos mercados y no necesariamente significa el desarrollo de nuevas vías productivas (por ejemplo la inversión extranjera en España). Es por ello que el criterio de ser exportador de mercancías o un enorme polo de importación de mercancías siendo un productor de mercancías de alto valor añadido es el criterio general más actual y determinante, es decir, ser productor general de plusvalía o ser el polo de atracción de estos canales de plusvalía internacional. Sin duda existen otros países que se dedican exclusivamente al parasitismo bancario y que obtienen sus beneficios imperialistas siendo los puntos de paso del capital internacional como ciertos paraísos fiscales pero salen del interés actual ateniendo a la composición productiva de Rusia y China.

En cuanto a las trasnacionales rusas, su mayor interés también se centra en la extracción de petróleo y gas, casi la mitad de la inversión directa rusa en el extranjero se realiza en el sector petrolero y de gas, y más de un tercio en la metalurgia ferrosa y no ferrosa. Tras el golpe de Estado en Ucrania, las relaciones con Europa se han deteriorado y unido a la reciente caída del precio de petróleo, Rusia se ve obligada a orientarse hacia Asia, especialmente hacia los acuerdos trans-continentales chinos, buscando ligar los proyectos de UEE y los proyectos Chinos como La nueva ruta de la seda. Siendo China el principal importador Ruso y un destino principal para la exportación de mercancías resulta especialmente importante analizar en concreto las relaciones comerciales entre Rusia y China.

Rusia en China expande su comercio de hidrocarburos y China introduce sus manufacturas en Rusia aunque es una relación eminentemente

asimétrica en favor de China. Así, durante 2000-2012 las compras rusas al exterior crecieron 9.2 veces, mientras que sus importaciones de China aumentaron 52 veces. Entre los productos de alta tecnología en las ventas de manufacturas de China crecieron de 13% en 1997 a 28% en 2010, el peso de maquinaria y equipo en las exportaciones totales de China alcanzó 47.5% en 2011. En 2012, el peso de maquinaria y equipo alcanzó 53% de las compras rusas a China, convirtiéndose de esa manera en el renglón más importante de las ventas. Durante el periodo 2007-2011 China fue el segundo comprador de los armamentos rusos y su peso alcanzó 16%. Sin embargo, a partir de 2005 se nota claramente la disminución de esas exportaciones a China. El peso de los productos minerales en las transacciones rusas a su vecino aumentó de 7.1% en 2000 a 73.2% en 2012. El de los hidrocarburos creció de 6.7 a 67.3% durante el mismo periodo.

Dentro de los acuerdos bilaterales establecidos, China aporta enormes cantidades de capital para financiar las infraestructuras rusas, especialmente para el transporte de materias primas (oleoductos y ferrocarriles). Es un ejemplo determinante el *«préstamo por petróleo»* celebrado por China y Rusia en 2009, con el que Pekín prometió a Moscú un préstamo a largo plazo de 25 miles de millones de dólares a cambio del suministro de 300 millones de toneladas de crudo entre 2011 y 2030 junto con la construcción de un oleoducto, dando paso al pacífico de los hidrocarburos rusos.

De acuerdo con los datos de World Investment Report 2012 (UNCTAD), en 2011 las empresas transnacionales de China exportaron 65 miles de millones de dólares de IED y su peso en las salidas mundiales de la misma fue de 3.8%. En cuanto a Rusia, en 2011 exportó 67.3 miles de millones de dólares de IED y su peso en las salidas alcanzó 4%.

Sin embargo en el periodo 2014, 2015 China es la segunda mayor exportadora de capital en forma de IED superada solo por EEUU. En el caso de Rusia se encuentra en el decimosexto lugar a nivel mundial, superado por Italia y situado

por encima de Suecia o Chile. Sin embargo, Rusia no es una receptora de IED a nivel mundial en contra de China que también posee el segundo lugar como receptora y emisora de inversión. Los centros receptores de IED son esencialmente países emergentes (India, Brasil, México, Chile, Turquía, etc.), paraísos fiscales (Suiza, Irlanda, Países bajos) y centros imperialistas como EEUU o Alemania (esta recepción de IED como se ha comentado más arriba no tiene el mismo carácter que en el resto de países) junto con China. Tras el 2013 son los países en desarrollo los que concentran la recepción de IED a nivel mundial por primera vez en la historia.

Por tanto, en el caso de la economía rusa nos encontramos con un sistema económico caracterizado por la exportación de petróleo y recursos financieros como la base económica del país junto con algunas exportaciones de materias primas, acero y armamentos. A nivel de inversión extranjera busca acaparar ciertos recursos naturales en los que se basa su economía. Es agente de inversión aunque no en igual medida receptora de la misma. Toma un papel secundario en la cadena de valor a nivel internacional tras el desmantelamiento de la industria soviética.

No es un país que intente inundar con sus mercancías los mercados dependientes pero sí que mantiene a través de la inversión de capitales sólidas áreas de influencia histórica y extiende sus mercados especialmente hacia América Latina y Asia. Sin embargo las relaciones internacionales se realizan esencialmente en torno a sus fronteras y sus áreas de influencia histórica, eje de inversión presente en todas las economías en desarrollo con respecto a los países de su región. Esta situación es semejante a la de otros países que actúan como potencias en desarrollo en sus zonas de influencia como sucede con Brasil, Sudáfrica, Turquía, etc. Rusia no presenta por sí misma ninguna capacidad de plantear un nuevo modelo imperialista para el capital internacional y su estrategia económico-militar se caracteriza más por mantener un cinturón de seguridad y de independencia económica con respecto a Europa manteniendo el predominio en la exportación de hidrocarburo.

ros que por el expansionismo internacional de sus monopolios.

Por tanto, pese a que la economía burguesa califica a Rusia como un país imperialista, más influenciado por el hecho de la gran capacidad armamentística del país que por cualquier otro rasgo económico, atendiendo a su estructura económica presenta los rasgos característicos de una economía en desarrollo. Existen sectores financieros y monopolios pero no tienen capacidad a nivel internacional fuera de sus propias inmediaciones fronterizas y sus áreas de influencia histórica, ni siquiera tienen la capacidad productiva de otras economías en desarrollo. A nivel productivo Rusia ha optado por la especialización en el mercado de materias primas, junto con toda la Comunidad de Estados Independientes, aprovechando una determinada coyuntura alcista en los precios del petróleo y el desmantelamiento interno de su industria, frente a los modelos productivos de otros países en desarrollo como India o Brasil enfocados hacia la exportación de mercancías intermedias. Su papel en las cadenas de valor es totalmente secundario y por tanto no posee capacidad para dominar los flujos internacionales de plusvalía en su favor. Sin embargo, es capaz de promover proyectos de integración económica para mantener su primacía en la región y en el mercado de hidrocarburos. Por todo ello consideramos que Rusia no puede caracterizarse como un país imperialista.

República Popular China

En 2014, y medido en términos de PIB nominal China ya era la segunda economía mundial (US\$ 10,36 billones) de acuerdo al Fondo Monetario Internacional. A comienzos del milenio China buscaba esencialmente el desarrollo interior hacia la promoción de una clase media orientada al consumo interno, para 2012 más de 300 millones de chinos pertenecían a la clase media, definida como aquellos con un ingreso anual entre US\$ 10 000 y US\$ 60 000. Tal como señala Cope, en los últimos 30 años, el aumento de la tasa de desigualdad de ingresos siempre se ha en-

contrado muy por debajo de la tasa de aumento del PIB per cápita, lo que apunta a una mejora más o menos general de las condiciones de vida. Para el año 2016 los salarios medios por hora en China ya superan ampliamente al que encontramos en otras economías en desarrollo como México, India o Brasil y se acerca cada vez más al de los países imperialistas de segundo orden como Portugal o Grecia (3.60\$ de acuerdo con Euro-monitor frente a los 4.50\$ de Portugal o los 2.70\$ de Brasil o 0.70\$ en India). Sin embargo estos datos no tienen en cuenta lo que representa 1\$ en capacidad de compra local. Según datos de 2012 de la OIT, el sueldo medio equivalente en China es de 656 dólares de paridad de poder adquisitivo (PPA) al mes, por encima de México o India, pero sin embargo ocupando los puestos más bajo frente a los casi 800\$ PPA de Brasil o los 2300\$ PPA de Grecia. Sin embargo la PPA no es una medida en absoluto fiable en lo que a consumo real de la población con el salario.

Como apunta John Smith en el periodo 2001-2011 los salarios reales en China crecieron un 124%. Esta explosión en el aumento salarial se produce desde la entrada de China en la Organización Internacional de Comercio, triplicando en diez años el salario por hora mientras que en el resto de países en desarrollo se ha mantenido constante. La motivación de este aumento en la capacidad de consumo de la población China se ha fomentado especialmente tras la crisis como búsqueda de una vía de realizar los excedentes de mercancías en el mercado interior frente a la contracción en el consumo de las potencias imperialistas.

De acuerdo al Informe Hurun, el número de multimillonarios chinos pasó de 130 en 2009 a 251 en 2012, el segundo país con más multimillonarios en el mundo. Las continuas privatizaciones y la expansión de capitales ha agilizado el proceso de acumulación de tal forma que el 1% más rico controla un tercio de los bienes. La entrada de capital extranjero fuerza una reconversión de la producción interna, llevando a crisis importantes en muchas empresas estatales y problemas en los protegidos sectores bancarios, de telecomunica-

ciones y de seguros (en los que se han producido enormes crisis de crédito especialmente en el mercado interior).

Tras 30 años de crecimiento, desde el 2013 la economía China se reconfigura desde un modelo de trabajo eminentemente extensivo hacia modelos de trabajo intensivo y de alta tecnología. La burguesía nacional china ha intentado desarrollar a nivel tecnológico su producción enormemente, intentando romper con la situación de dependencia de patentes y capital extranjero que había caracterizado la anterior década, en la cual se producía una dependencia absoluta de materiales importados y de inversores extranjeros (en 2003 el capital extranjero controlaba el 90% de exportaciones de ordenadores y el 75% de exportaciones de electrónica y telecomunicaciones). La burguesía nacional prioriza la producción pública y la capacidad de producción propia buscando que la inversión privada revierta en la posibilidad de reforzar la producción interna.

Se observaba una cierta pasividad en el ámbito internacional a principios de milenio pero que en los últimos años se ha transformado totalmente. Se desarrolla además el nacionalismo chino como forma de estabilidad social interna orientado contra Taiwán. Taiwán es un área de influencia decisiva yanqui y un aliado militar. Con la política de «Una sola China», Pekín ha hecho que sea una condición previa para el establecimiento de

relaciones diplomáticas, que se rompan vínculos oficiales con la República de China.

Las relaciones internacionales chinas se guían por la búsqueda de aperturas para su expansión económica mientras por otro lado se intenta compensar la hegemonía política de EEUU. El comercio exterior Chino suponía un 44,7% del PIB ya en 2001, es EEUU quién absorbe un cuarto de las exportaciones chinas, mientras que las empresas yanquis instalan su industria de alta tecnología en el territorio. Sin embargo la expansión china se ha realizado con especial cautela, no despertando ningún tipo de amenaza evidente contra las potencias occidentales evitando cualquier tipo de conflicto directo o la promoción de bloqueos que menoscabarían la capacidad de crecimiento chino. Por ejemplo, China apoya las resoluciones yanquis contra el terrorismo tras el 11-S o el reconocimiento explícito de la primacía de los EEUU en el BCM.

China se presenta en el mercado internacional como un soporte estable y comprometido con el desarrollo internacional por su capacidad mercantil y de inversión. En general, se observa como las economías emergentes asumen mayor compromiso en las estructuras económicas internacionales, como sucede igualmente con Brasil, especialmente inyectando dinero a Occidente para mantener el consumo de sus exportaciones. En la crisis de 1997-1998 China aporta 4500 millones a



paquetes de rescate del FMI y en la última crisis mantiene esa misma política de apoyar el rescate de las potencias que le sirven de salida a sus mercancías. La línea ideológica que rige las relaciones exteriores chinas es la coexistencia Pacífica de Zhou Enlai: no injerencia en los asuntos de otros Estados, no agresión, convivencia pacífica, igualdad y beneficios mutuos (win-win). China extiende sus áreas de influencia por Asia Central, India, Bangladesh y en el Sureste asiático. Por ello se produce un acercamiento enorme hacia Corea del Sur, siendo su primer socio comercial.

En 2012, China fue la mayor receptora de IED al atraer más de US\$ 253 mil millones. China también invierte en el extranjero, su IED en otros países ascendió a \$62 400 millones en 2012 y varias compañías chinas compraron un gran número de empresas en el extranjero. Para el periodo 2014-2015 China alcanza la posición de segunda mayor exportadora de capital en forma de IED superada solo por EEUU. No debemos olvidar que la República Popular juega un papel determinante en las cadenas de valor internacional como punto de enlace en el que se manufacturan mercancías para en el consumo en los países occidentales. China es un exportador neto de mercancías y que juega un papel decisivo en las cadenas de valor internacionales y en la emisión de flujos de plusvalor hacia potencias imperiales como EEUU, donde se terminan realizando las mercancías producidas en China.

En lo últimos años ha llevado a cabo proyectos determinantes de expansión de sus capitales y de dominio de los mercados asiáticos y africanos, junto con una mayor influencia dentro de los mercados financieros occidentales. El proyecto de la nueva ruta de la seda, One Belt One Road (una franja, una ruta) podría compararse al potencial de los proyectos de EEUU como el TPP y el TTIP. OBOR tiene dos vertientes esenciales: La ruta de la seda marítima (MSR) partiendo de Oceanía hasta África por las rutas costeras introduciéndose en el corazón de África desde Egipto y la ruta de la seda económica del cinturón (SREB) de carácter continental, empezando

desde Rusia hasta Europa pasando por todo Oriente Medio. Estos proyectos incluyen a 60 países de Oceanía, Asia, África y Europa.

Acompañando este proyecto gigante para la expansión del capital chino aparece el Banco asiático de inversión en infraestructura (AIIB) orientado a el desarrollo de infraestructuras (ya en 2015 se planificaban infraestructuras por valor de 160.000 millones de US). Estos proyectos responden a la necesidad de colocar los excedentes de capital y sobreproducción chinas, además del dominio de los mercados eurasiáticos y africanos y la defensa de sus intereses financieros (acaparar materias primas esencialmente y colocar sus excedentes de producción de mercancías). Estas estructuras (Nuevo Banco de Desarrollo y el AIIB) representan formas de consolidar las inversiones chinas a largo plazo y afianzar su dominio económico en sus áreas de influencia. Los créditos chinos son blandos y sin las condiciones del Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial, que exigen duros planes de ajuste a cambio de financiamiento.

El Consensus de Pekín describe el modelo de desarrollo y de relaciones internacionales en el espacio de países del Sur global, aparece como alternativa a las vías especialmente de financiación de la política yanqui (presiones para las privatizaciones y desregularización económica, especialmente hacia la flexibilidad laboral y el retroceso del papel del Estado en la economía). La propuesta China busca exportar modelos de desarrollo y construcción de infraestructura y financiación sin injerencia directa en la política de otras naciones.

China representa una nueva posibilidad imperialista, basada en la cooperación de potencias y desarrollo en convivencia pacífica, se retoma una suerte de superimperialismo al corte de las propuestas ideológicas de la Alemania de principios de siglo pasado. Es una postura característica del revisionismo de potencias en auge, ya que la potencia hegemó-

nica no tiene que preocuparse sobre convivencia y desarrollar a otros. Desde 2015 el AIIB ha atraído a todas las potencias económicas desarrolladas (Francia o Reino Unido) y en desarrollo (Brasil, Rusia, India) dejando fuera a EEUU. Esto influye también en el lento desarrollo de los proyectos norteamericanos como el TPP y el TIPT. Esto evidentemente supone una amenaza a la hegemonía financiera que había tenido EEUU desde la Segunda Guerra Mundial.

Finalmente, además del proyecto OBOR China ha intensificado enormemente su influencia económica en África, especialmente como forma de acaparar materias primas y dar salida a sus excedentes de capital y mercancías potenciando el desarrollo industrial y creación de espacios económicos especiales. China superó a Estados Unidos y se convirtió en el mayor socio comercial de África en 2009, con una cuota del 13,5%, según datos de la OCDE. El comercio bilateral ha pasado de 10.000 millones de dólares (7.200 millones de euros) en 2000 a 210.000 millones de dólares (151.000 millones de euros) en 2013. Unas 2.500 empresas chinas operan en el continente. El 85% de las exportaciones africanas a China son materias primas, como petróleo y minerales, los intercambios entre China y África toman la siguiente forma: bajo la realización de obras, transferencia de tecnologías y productos manufacturados, China abastece con personal cualificado y mano de obra para trabajar en programas de ayuda a la construcción; China obtiene como contrapartida los recursos naturales africanos como el petróleo, la madera y los minerales (15% de sus importaciones de minerales, según fuentes chinas).

En Sudán las empresas nacionales chinas se apropian de los derechos de prospección. Un diez por ciento de las importaciones chinas provienen de Sudán, donde la China National Petroleum Corporation es el mayor inversor extranjero y China igualmente vende armas a Sudán. En marzo del 2004, el Exim-

bank China prestó a Angola 2.000 millones de dólares, con el aval del petróleo angoleño. Con la construcción de la base militar china en Yibuti, se busca facilitar el mantenimiento de los barcos de su Ejército (con 2,3 millones de efectivos, es el más numeroso del mundo) que efectúan patrullas antipiratería en el golfo de Adén, el océano Índico, el mar Arábigo y el mar Rojo.

China es un país absolutamente determinante en las cadenas de valor de las potencias imperialistas, siendo el país con mayor IED del planeta y siendo el país exportador y especialmente productor para el consumo en potencias imperialistas, también es un exportador de valor y plusvalía hacia esos países. China aún se caracteriza por la dependencia en la exportación de materias de bajo valor añadido a Occidente, o en el caso de la industria de alta tecnología, solo a las tareas de bajo valor añadido en ensamblaje de productos intermedios y por tanto sigue siendo la mayor fuente de plusvalía para EEUU, Europa y Japón. En cualquier análisis de China y su papel en la economía internacional no debe olvidarse en ningún momento que como país de bajos salarios, todos los mecanismos imperialistas actúan en su contra (captación de valor, intercambio desigual, etc.) para sustentar el poder hegemónico de las economías Occidentales. Es por ello que China aparece como el epicentro de la inversión a nivel mundial y como el punto nodal de las cadenas de valor internacional para finalmente ir a morir en los países occidentales donde se realiza el valor capturado.

La economía China recuerda poderosamente a la situación de la Alemania de finales del siglo XIX en la que comienza a consolidarse como potencia monopolista mundial:

«Alemania apareció tarde en el mercado mundial. (...) Pero encontró un mercado mundial en gran parte ocupado. Los artículos de gran consumo venían de Inglaterra, y los artículos de lujo de buen gusto, de Francia. Alemania no podía vencer a los primeros

por el precio, ni a los segundos por la calidad. No le quedaba más remedio, de momento, que seguir el camino trillado de la producción alemana y colarse en el mercado mundial con artículos demasiado insignificantes para los ingleses y demasiado malos para los franceses. (...) La competencia de la superproducción llevó poco a poco, incluso a los sólidos ingleses, por el camino resbaladizo del empeoramiento de la calidad y favoreció así a los alemanes, quienes en este orden no admiten competencia. Así fue cómo, por fin, llegamos a poseer una gran industria y a representar un papel en el mercado mundial. Y es aquí donde aparece en todo su esplendor la “bendición” de la propiedad de una casa y de una parcela para el obrero moderno. En ningún sitio, y apenas se puede exceptuar la industria a domicilio irlandesa, se pagan salarios tan infamemente bajos como en la industria a domicilio alemana. Lo que la familia obtiene de su huerto y de su parcela de tierra, la competencia permite a los capitalistas deducirlo del precio de la fuerza de trabajo. Los obreros deben incluso aceptar cualquier salario a destajo, pues sin esto no recibirían nada en absoluto, y no podrían vivir sólo del producto de su pequeño cultivo. Y como, por otra parte, este cultivo y esta propiedad territorial les encadenan a su localidad, les impiden con ello buscar otra ocupación. Esta es la circunstancia que permite a Alemania competir en el mercado mundial en la venta de toda una serie de pequeños artículos. Todo el beneficio se obtiene mediante un descuento del salario normal, y se puede así dejar para el comprador toda la plusvalía. Tal es el secreto de la asombrosa baratura de la mayor parte de los artículos alemanes de exportación.»

F. Engels, *Contribución al problema de la vivienda, prefacio a la segunda edición (1887)*

Al igual que el caso de Alemania (al menos hasta el siglo XIX y la entrada en su fase monopolista), China se ha desarrollado industrialmente sin participar del reparto colonial del planeta. Su modelo productivo histórico consiste en la producción masiva de productos de baja calidad, sustentando sus beneficios en pagar salarios por debajo de su valor (modelo de super-explotación característico del sur global). Al igual que en Alemania, esta situación de diferenciación salarial se debe

a la incapacidad de movilidad de la clase obrera internacional, en el caso alemán por la pequeña propiedad y en el caso chino la cuestión de la pequeña explotación también posee una importancia en toda Asia, hoy resultan determinantes las fuertes restricciones a la movilidad del proletariado por las fronteras de Occidente. Otro punto que señala Engels es que este fenómeno de bajos salarios deja una gran plusvalía para el comprador. En este caso tiene dos lecturas importantes, en primer lugar se enriquece la burguesía nacional, pero además también se enriquecen el resto de potencias occidentales ya que se producen flujos de plusvalía desde los puntos de la cadena de valor con menor composición orgánica de capital hacia los países occidentales de mayor composición orgánica (flujos de capital producidos por la competencia entre capitalistas ya descritos por Marx en el *Capital*). El nivel de similitud entre la Alemania que empezaba a ascender como potencia imperialista internacional y la situación actual de China es prácticamente total.

En los últimos años se ha dado un cambio determinante en la política económica China, las estrategias como OBOR apunta a ciertos intentos de desarrollar la exportación de capital como un mecanismo de mucho más peso en la economía china además de participar en un nuevo reparto y control del resto del planeta confrontando la hegemonía del FMI. A esto se suma los intentos continuados de la promoción de una nueva clase media consumidora, utilizar las super-ganancias de la burguesía nacional para corromper a una parte de su movimiento obrero. Todo apunta a que se producen flujos de plusvalía entrantes y que permanezcan en China sin que sean simplemente un punto en la cadena de valor en la que se agrega valor. De este modo China parece estar evolucionando rápidamente de un modelo colonial no militarista de conquista económica a través de la saturación del mercado con sus mercancías y la extracción masiva de materias primas desde otros países, a un modelo imperialista clásico de exporta-

ción de capitales como mecanismo principal. La última crisis ha acelerado enormemente este proceso, aunque es necesario que China emprenda enormes procesos de desarrollo en otros países para cambiar su modelo a exportador de capitales e importador neto de mercancías al estilo moderno de imperialismo.

Por primera vez en la historia tras la hegemonía yanqui, China presenta la capacidad de conquista económica del pacífico, además de expansión acelerada en África, apareciendo además como acreedor y exportador de mercancías a las potencias occidentales. China ha planteado una situación histórica sin precedentes, habiendo pasado por una etapa de país colonizado a presentarse como la economía de mayor peso y con una influencia internacional de-

terminante. Sin duda la etapa de desarrollo socialista de las fuerzas productivas más la inversión de occidente para el desarrollo tecnológico ha permitido el ascenso de esta economía saltándose la etapa colonialista y sin ser un mero títere del imperialismo.

Por ello China presenta una fuerte tensión contradictoria entre ser el eje central de las exportaciones de mercancías y una fuente de plusvalía determinante para el imperialismo, acompañado de una evolución acelerada hacia la exportación de capital y creación de clases compradoras a nivel interno. Sin duda, China podría ser el único país que en cuestión de pocos años se erija como una potencia imperialista planteando un nuevo proyecto para el imperialismo internacional.





La mujer trabajadora, la punta de lanza contra el imperialismo

Según Engels, en *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*, «la primera oposición de clases que aparece en la historia coincide con el desarrollo del antagonismo entre hombre y mujer en el matrimonio monógamo, y la primera opresión de clases con la del sexo femenino por el masculino». El desarrollo de la institución de la familia y la construcción de esa primera oposición de clases, ese sistema de opresión, control y sometimiento a la mujer, se ve a su vez provocado por la necesidad del capitalismo de perpetuarse y producir permanentemente nuevos sujetos, nueva fuerza de trabajo a explotar para conseguir un beneficio y atajar la problemática de una tasa decreciente de ganancia. Así, las mujeres nos vemos marcadas por una opresión doble, dos sometimientos a un sistema unido: el eje de género y el eje de clase, la opresión de clase sufrida por las mujeres obreras y la opresión que conlleva la división sexual del trabajo, la construcción de la mujer como, hasta recientemente, máquina de producción de trabajo a explotar, subordinada siempre a la voluntad del hombre dentro del contexto de la institución represiva de la familia. La mujer quedaba reducida a dicha institución, forjándose su papel en un sistema familiar y, a veces, educativo de esa prole; mientras que era el hombre trabajador quien operaba en la dimensión política y económica.

Sin embargo, obedeciendo a las necesidades mayores del capital, la mujer acaba por incorporarse al mercado de la explotación del trabajo y convirtiéndose, bajo la lógica del sistema, en otra

asalariada más, en otra mano de obra, sin entrar aquí en consideraciones sobre el valor del trabajo doméstico. Las vicisitudes y caprichos del capital necesitan pronto incorporar mayor mano de obra para perpetuarse. Este proceso se da mucho antes en los núcleos imperialistas, en las grandes potencias, pero no es sobre esto sobre los que se hablará. ¿Cómo se produce esta incorporación de la mujer al mercado del trabajo en aquellos países víctimas del imperialismo? ¿Cuáles son las condiciones de esa mujer, obrera y en la miseria? ¿Y cuál es la relación, precisamente, que se establece entre la mujer trabajadora y el imperialismo? A estas preguntas trata de responder este artículo, mostrando la perspectiva de la mujer trabajadora en dichos países y su rol, bien por la parte de explicar la opresión por ella sufrida o bien por señalar y analizar aquellos focos de resistencia que surgen en los que, precisamente, la mujer resulta la vanguardia de la lucha contra el imperialismo en su conjunto.

Tanto en núcleos imperialistas como en países periféricos es constatable el proceso de migración de la fuerza de trabajo, concentrándose más y más en las grandes ciudades y en zonas de producción posteriormente dirigidas a la exportación. Es importante resaltar que este cambio, esta transformación, esta migración en masa se da también en estos países periféricos, y que se trata de una migración altamente feminizada. A la hora de obtener más fuerza de trabajo, la doble opresión de clase y género abre las puertas a

una mayor obtención de beneficio por parte del burgués, aprovechándose de las pobres condiciones endémicas a este trabajo y al contexto que les rodea: la guerra, la violencia y la represión son constantes presentes en estos núcleos de trabajo feminizado, que erosiona el modelo de familia tradicional, convertido en ineficiente por las necesidades de un capitalismo que busca sobrevivir a todo precio.

Las mujeres acaban ellas también bajo la esclavitud del capital en proporciones incomparables a las anteriores: las mujeres ven su rol transformado, pasando de la miseria de ser aparatos de reproducción y perpetuación de capital en cuanto a la construcción de nueva prole a convertirse en, mismamente, la mano de obra necesaria para hacer funcionar esos engranajes. No desvinculemos esto de otros hechos: cómo las mujeres se ven arrastradas a la prostitución, a la esclavitud sexual, cómo se ven despojadas de cualquier derecho y encadenadas por el mismo sistema de saqueo imperialista, por el expolio de su tierra y la destrucción de todo lo que se interponga entre el capitalismo y su autopropagación.

El porcentaje de la economía global que ocupan estos países periféricos en los que se encuentran dichas mujeres trabajadoras, so-

metidas al imperialismo más vicioso y grave, es cada vez mayor y su crecimiento se acelera exponencialmente. La pobreza y la necesidad de las mujeres de incorporarse a estos núcleos de trabajo, a estas multinacionales, explican en parte los procesos migratorios antes descritos y la creciente feminización del trabajo. No es casualidad que sean las economías con mayor brecha salarial en Asia aquellas que más rápido crezcan: precisamente explota el imperialismo esta diferencia a la hora de incorporar fuerza femenina de trabajo, situada en los estratos más precarizados del proletariado y sin capacidad de negociación o control sobre cuál será su calidad de vida o cómo serán los términos de su asalariamiento. La mujer deviene esclava del capital global, y una esclava más barata y eficiente que el hombre trabajador.

El conflicto de Tebhaga en la India y sus consecuencias nos ofrecen una visión, un ejemplo del papel militante y la lucha de las mujeres en países azotados por el imperialismo, con la formación de *Nari Bahinis* para hacer frente a la represión estatal burguesa. El movimiento rural en Andhra Pradesh trajo importantes movilizaciones en organizaciones de campesinado y en la construcción y articulación de demandas específicas de las mujeres trabajadoras, en focos de agitación y movi-



mientos femeninos contra la violencia estatal. En respuesta al hostigamiento y a la brutalidad policial surgen políticas revolucionarias desde las mujeres indias para acabar con dicha opresión, luchando también activamente en muchos casos contra los hábitos y prácticas patriarcales prevalentes en la sociedad y ayudando a las mujeres en su resistencia contra las lanzas del patriarcado y el capitalismo. En muchos casos, estas mujeres, víctimas primeras del sistema, se unen de manera entusiasta a las guerrillas y la lucha revolucionaria al encontrar en ellas una respuesta, un espacio consciente de su opresión y de lucha activa contra esta. Se desarrolla así una conciencia política y social sobre la situación y focos de lucha revolucionaria con la intención de romper las cadenas que someten a las mujeres, con el objetivo de obtener justicia y liberar a la India de la explotación imperialista.

En las FARC las mujeres constituyen un 40% de su fuerza guerrillera. Desde el impulso de comités femeninos y su organización en distintas tareas a partir de 1950, se moviliza a las mujeres y en 1970 se las reconoce como combatientes, con los mismos deberes y derechos que los hombres, trabajadoras incansables por el fin del yugo imperialista en su país. Otra vez impulsadas a unirse a estos movimientos revolucionarios por las dificultades de su situación, por haberse dado cuenta del enlace innegable entre el patriarcado y el capitalismo y por encontrar, en estas organizaciones, una respuesta a su opresión.

En la zona de Rojava o el Kurdistán sirio, durante el conflicto kurdo contra el Estado-islámico, las Unidades Femeninas de Protección, una organización militar femenina, resultó fundamental a la hora de la lucha en Kobane, siendo reconocidas internacionalmente por su labor y valentía a la hora de rescatar a población yazidí atrapada durante la Ofensiva de Al-Hawl. Estas luchadoras del YPJ son otro ejemplo de la fuerza de organizaciones feministas y revolucionarias para hacer frente y resistencia al imperialismo y a la invasión, luchando desde la autoorganización revolucionaria antipa-

triarcal.

La mujer, efectivamente, se encuentra sometida a un enorme nivel por estos sistemas de opresión, por la violencia patriarcal, capitalista e imperialista. Pero no es una estructura a la que se someta pacíficamente, a la que responda con sumisión y sin rebeldía. En todos aquellos lugares en los que se da este sometimiento, la autoorganización de mujeres feministas en la lucha antipatriarcal y comunista resulta fundamental. En todos estos focos, las mujeres, con frecuencia, son la punta de lanza de estos movimientos, arrastradas al combate al erigirse como sujetos conscientes de su situación, como firmes defensoras de la vía revolucionaria para acabar con el expolio a su tierra y en la búsqueda de su liberación.

El imperialismo toca especialmente a la mujer y la transforma, transformando la familia, transformando la estructura misma del patriarcado y sus mecanismos; pero también cambiando la metodología del capitalismo y encruceciendo el movimiento de sus engranajes, derramando sangre femenina para continuar con su funcionamiento. Podemos ver que, allá donde las garras del sistema capitalista buscan sacar más beneficio a costa de las mujeres, encuentran una respuesta. En todos los puntos en los que el capitalismo muestra su violencia con más claridad las mujeres toman conciencia y se convierten en vanguardia. Lo más valioso que nos aportan estas experiencias es lo fácilmente que podemos ver el surgimiento de la mujer como sujeto revolucionario en ellas. Tomando las armas y alzándose contra las fuerzas que las someten, las mujeres consiguen poner contra las cuerdas a todo un sistema global que busca mantenerlas sumisas y explotadas, que trata de destrozarlas a toda costa y hacer que queden en fuerza de trabajo obediente. El imperialismo quiere ganar, el capitalismo busca perpetuarse. Pero son esas mujeres quienes nos marcan el camino para destruir ese sistema, quienes apuntan la ruta a recorrer para vencer a ese sistema. En definitiva: es la mujer trabajadora quien nos lleva a la victoria.





Siria y la encrucijada imperialista

En los tiempos que actualmente corren, cuando las redes de dominación del capitalismo se encuentran prácticamente en la cima de su desarrollo, y con un movimiento revolucionario débil y disperso que no parece capaz de oponerle ninguna respuesta transformadora a corto plazo, los designios de la burguesía imperialista marcan, para desgracia del proletariado entero, el orden del día en la política internacional. Hoy es el pueblo sirio, convertido en víctima de una de las mayores inversiones económicas y militares recientes del imperialismo, quien paga con su sangre y combate con su firme resistencia los intereses de este capital monopolista que únicamente puede sobrevivir a través del expolio más brutal de todas las masas trabajadoras sometidas a su dominio.

Las primeras movilizaciones populares de 2011 —en las que participaron de 150.000 a 200.000 personas y que respondían, en parte y entre otras cosas, a las consecuencias del giro liberal desarrollado por el gobierno de Assad en los años precedentes— proporcionaron una oportunidad de oro para la injerencia extranjera en Siria; coyuntura que, por supuesto, las fuerzas al servicio de la burguesía occidental no tardaron en aprovechar. Así, pronto comenzaron a constituirse grupos de «oposición» (el Ejército Libre Sirio, el Frente al-Nusra, etc.) entrenados y equipados por potencias como Estados Unidos, Francia, Turquía, Arabia Saudí o Qatar. Desde entonces se han sucedido ya seis años de continua agresión, que sólo la encarnizada defensa de la soberanía y la independencia sirias por

parte de las llamadas fuerzas «patrióticas» y sus diferentes aliados ha podido refrenar.

Con esto no se trata de achacar todo el peso de los acontecimientos en Siria a las causas externas que los determinan (recordemos: «*el motor de la historia es la lucha de clases*», y no las conspiraciones de la CIA), pero las diversas condiciones y causas internas que sirvieron de base al levantamiento de algunos segmentos del pueblo sirio en 2011 y que han permitido el arraigo social del salafismo, wahabismo, takfirismo y yihadismo en Oriente Próximo no pueden distraer la atención con respecto al hecho de que, tal y como viene sucediendo con el fascismo en los Estados del «centro», han sido precisamente las potencias imperialistas quienes han agudizado, fomentado e instrumentalizado todas esas contradicciones para su particular beneficio. Ahora mismo, desviar el foco hacia los factores culturales o la religión (alauíes vs. suníes) significa simplemente hacer concesiones al relato oficial de la burguesía y diluir la evidencia de que ésta posee enormes intereses en generar este tipo de confrontaciones bélicas y lucrarse a costa del padecimiento del proletariado.

En cuanto a los objetivos de la intervención internacional en Siria —ya se produzca ésta financiera, logística o militarmente, armando a la contrarrevolución o atacando directamente al pueblo sirio—, existen varias finalidades materiales estratégicas de primera importancia para los planes del imperialismo. Por ejemplo, obstaculizar el proyecto de construcción de un

gaseoducto Irán-Irak-Siria que lleve el gas del South Pars iraní a Europa atravesando Líbano, ante cuya posible realización el gobierno estadounidense advirtió ya de sanciones económicas; sacar una mayor tajada de los recursos naturales sirios (reservas de más de 2.500 millones de barriles de crudo en 2013, 50.000 millones de toneladas de petróleo de esquisto, 240.000 millones de metros cúbicos de gas natural, etc.); derribar al gobierno sirio, principal bastión de la resistencia contra el Estado sionista de Israel en la zona (recordemos que Siria ha acogido con el tiempo a cerca de 450.000 refugiados palestinos, así como apoyado y entrenado a militantes del FPLP y Hezbollah); borrar del mapa a una de las mayores «amenazas» restantes para el imperialismo después de la desestabilización y destrucción de Estados soberanos como Irak o Libia; y, en definitiva, para quebrar todos los posibles alineamientos políticos y económicos de la República Siria desfavorables a los planes de la OTAN: con Rusia, China, Irán, Irak, Palestina, Líbano, Venezuela, Cuba, etc.

¿Quiénes se disputan ahora el control de este codiciado campo de batalla? A pesar de las diferentes posiciones en liza dentro del conflicto, y del evidente sesgo proimperialista de la propaganda mediática que suele llegar hasta nuestras manos, podemos trazar algunos ejes básicos para esclarecer la situación política en Siria. A grandes rasgos, la mayor parte de las fuerzas implicadas en esta lucha tienden a polarizarse en dos grandes bloques, sin duda heterogéneos y atravesados por una serie de tensiones internas que luego mencionaremos, pero definidos con cierta claridad por su posición global en el marco de las relaciones imperialistas: por un lado, los llamados «rebeldes» («moderados» o no), los «revolucionarios» y todos los supuestos «combatientes por la paz y la libertad» que persiguen el derrocamiento del tiránico «régimen» de Bashar al-Assad; por otro, las fuerzas agrupadas en torno al gobierno oficial sirio, compuestas por un amplio conjunto de organizaciones, milicias y grupos armados de distinta índole que sos-

tienen la defensa nacional contra las facciones rebeldes a sueldo del imperialismo.

Entre los primeros —en gran parte mercenarios reclutados y armados por Arabia Saudí, Qatar, Estados Unidos y Turquía, potencias que constituyen su principal apoyo logístico— se cuentan miles de yihadistas procedentes no sólo de Siria (ni mucho menos), sino también de Túnez, Arabia Saudí, Jordania, Turquía, Chechenia, Francia, Marruecos, Líbano o Egipto. En 2016 ya se estimaba el número de estos mercenarios extranjeros, introducidos a través de las fronteras sirias con Jordania, Israel y Turquía, entre 27.000 y 31.000. Aparte de estos «rebeldes» pertenecientes al Daesh o Tahrir al-Sham (la nueva marca blanca del Frente al-Nusra, rama regional de Al Qaeda en Siria), también se enfrentan al gobierno de Assad la «oposición» interna encabezada por el Ejército Libre Sirio (ELS), servil a los propósitos de la burguesía occidental, y varios grupos independientes de menor importancia.

Enfrente, el principal baluarte de la resistencia siria contra el imperialismo y la barbarie desatada por medio de sus «apéndices» yihadistas lo constituye el Frente Nacional Progresista ahora en el poder, integrado por una decena de partidos —entre ellos las dos fracciones del Partido Comunista Sirio (PCS-Bakdash y PCS-Unificado)— bajo el liderazgo del Partido Baaz de Basher al-Assad, quien comanda oficialmente las Fuerzas Armadas Sirias. Junto a ellas se han movilizado diferentes grupos armados procedentes tanto del interior del propio Estado (el Partido Social Nacionalista Sirio, la milicia revolucionaria Resistencia Siria) como de Palestina (el PFLP-CG, el Ejército por la Liberación de Palestina), Afganistán (Liwa Fate-miyoun), Pakistán (Liwa Zainebiyoun), Líbano (Hezbollah) e Irak (las Fuerzas de Movilización Popular), al igual que otros grupos internacionales como las Brigadas Baaz o la Guardia Nacionalista Árabe (que cuentan con miembros egipcios, tunecinos, yemeníes, etc.) y las fuerzas armadas de Irán, Irak y Rusia. Además, el gobierno recibe también apoyo armamentístico

de cuatro naciones aliadas: Corea del Norte, Egipto, Bielorrusia y China.

Sin embargo, como adelantábamos antes, no todos los sectores considerados «*progresistas*» de la República Árabe Siria han cerrado filas en torno al bloque nacional en lucha contra el imperialismo de la OTAN: una serie de partidos de izquierda agrupados en el Comité Nacional de Coordinación de las Fuerzas de Cambio Democrático vienen conformando desde el inicio de la guerra una oposición interna que, aunque apoya una política de «*resistencia no violenta*» y rechaza toda intervención militar extranjera, respalda al ELS y propugna la intromisión de la Liga Árabe en el conflicto. En cualquier caso, su importancia política es bastante reducida precisamente por haberse enemistado con los grandes frentes de oposición, como el Consejo Nacional Sirio o la Coalición Nacional para las Fuerzas de la Oposición y la Revolución Siria —a las que acusa desde 2012 (no sin razón) de funcionar como herramientas de Turquía y algunos Estados del Golfo para proveer financiera y armamentísticamente a los «*rebeldes*»—, y, aun con ello, no posicionarse del lado de las masas populares que sostienen la defensa de la soberanía nacional siria.

Por eso, la principal excepción a las dos grandes corrientes que ya hemos mencionado (las fuerzas patrióticas y los rebeldes) la encontramos más bien en el caso kurdo, que se ha ido embrollando con el transcurso de la guerra en Siria y plantea ahora algunas nuevas dificultades que merecen ser abordadas específicamente. Por supuesto, existen numerosas divisiones internas entre los propios kurdos, tanto a nivel regional (recordemos que habitan territorios oficialmente pertenecientes a los Estados de Turquía, Siria, Irak e Irán) como político (desde las reaccionarias posiciones de los peshmergas iraquíes del KRG, cómplices de Estados Unidos durante la intervención imperialista de 2003 en Irak y firmes aliados del poder yanqui todavía hoy, hasta fuerzas más progresistas como el PKK). Aquí sólo podemos señalar la presencia de esas complejas tensiones internas

y advertir que a partir de ahora nos referiremos casi exclusivamente a los kurdos *sirios*, que lógicamente tienen para el caso que nos ocupa la mayor relevancia.

Así pues, desde nuestro punto de vista, hay tres claves fundamentales a tener en cuenta para el análisis de este problema. En primer lugar, se halla el hecho de que el pueblo kurdo sea considerado como uno de los más numerosos (con una población aproximada de entre 28 y 35 millones de personas) que no «*posee*» o constituye un Estado propio. Aunque existen ciertas tensiones políticas en su propio seno —entre determinados sectores que buscan una autonomía regional con respecto a Siria, y sectores que enarbolan la consigna de una independencia inmediata total—, defender el derecho a la autodeterminación del pueblo kurdo y apoyar su autonomía efectiva, como ya ha sido establecida de hecho en Rojava, parecen constituir una exigencia básica acorde con los principios revolucionarios básicos del marxismo-leninismo (con un pequeño matiz: siempre que esto vaya en consonancia con las necesidades planteadas por la situación concreta, atendiendo a la contradicción *central* en cada momento del proceso; y es que no podemos permitir que el legítimo derecho a la autodeterminación de los pueblos se convierta en un arma en manos del imperialismo, en este caso para hundir al gobierno sirio).

Otro factor esencial que determina profundamente esta cuestión es el papel práctico desempeñado por las fuerzas kurdas durante los seis años de conflicto. En líneas generales, la confrontación militar entre (algunas) facciones kurdas y el gobierno sirio ha sido ocasional y de escasa gravedad; en efecto, su relación se ha orientado habitualmente hacia una resistencia cooperativa contra el enemigo común: el Ejército Libre Sirio, Daesh, el Frente al-Nusra y todos los demás grupos y milicias de oposición instrumentales a los intereses del imperialismo. Además, un amplio porcentaje de la población kurda (alrededor de 15 millones) habita grandes regiones ubicadas al sur-sureste del Estado turco. La oposición

en esta zona fronteriza de unas YPG aliadas con el Partido de los Trabajadores de Kurdistán (PKK) puede resultar útil en un doble sentido: tanto para debilitar o desgastar al reaccionario gobierno otanista de Erdogan como para dificultar la continua introducción de yihadistas y mercenarios de toda laya en Siria a través de su frontera con Turquía.

Por último, y en estrecha dependencia con los dos puntos anteriores, se encuentra el progresivo deslizamiento kurdo hacia la órbita político-militar estadounidense. Ahora mismo, Estados Unidos sostiene una alianza explícita con las FDS (Fuerzas Democráticas Sirias; una coalición de milicias dominada política y militarmente por las YPG), a las que apoya logísticamente y favorece en varios sentidos de cara al bloque imperialista occidental, presentándolas como un aliado crucial en su supuesta lucha contra el terrorismo. Por su parte, las YPG no solamente reciben el armamento y el entrenamiento militar facilitados por la Casa Blanca, sino que devuelven estos servicios prestados con, por ejemplo, la cesión de territorios en el norte del Estado sirio para el establecimiento de bases aéreas bajo control yanqui. En cualquier caso, y más allá de las sospechas que naturalmente pueda levantar un proyecto «*revolucionario*» directamente financiado por la mayor potencia imperialista del mundo, creemos que la clave aquí reside en el «*rol objetivo global*» que las fuerzas kurdas —asumiendo las múltiples divisiones internas que ya hemos mencionado— juegan a cada instante en el conflicto y el posible devenir de la situación en Siria.

En este sentido, las fuerzas hegemónicas en la zona del Kurdistán sirio (es decir, fundamentalmente las YPG, que cuentan con un amplísimo respaldo popular en Rojava) solamente podrán mantener una orientación más o menos progresista *mientras* prolonguen su alianza táctica con las fuerzas nacionales sirias y sus aliados para derrotar al enemigo común de ambos. La debilidad de un Estado sirio mermado por la contienda bélica ha permitido el establecimiento de una región autónoma bajo control kurdo

en el norte; en la medida en que su colaboración con el gobierno baazista para expulsar a los mercenarios se prolongue y la independencia política de las asambleas kurdas *no* quede secuestrada y puesta al servicio de los intereses estadounidenses y de la OTAN en general —lo que terminaría redundando, sin duda, en un seguro perjuicio para todos los pueblos de la zona—, deberemos apoyar consecuentemente su lucha contra todas las fuerzas reaccionarias que ahora mismo se les enfrentan: Turquía, el Estado Islámico y demás adláteres.

Por tanto, está claro que el conflicto bélico en Siria es un complejo sistema de contradicciones, que en ningún momento deja de desplegarse y transformarse con cada viraje político, con cada choque militar y con cada jugada en el tablero de ajedrez en que la injerencia imperialista ha convertido el territorio sirio. Pero no se ha tratado desde 2011, ni se trata ahora, ni probablemente llegue a tratarse en el futuro próximo, de una guerra dominada por la contradicción entre dos supuestos bloques imperialistas. Es más: todos los intentos de presentar esta situación como una confrontación esencialmente interimperialista, donde las propias masas obreras y campesinas sirias no tienen ninguna relevancia y son los ejes EEUU-OTAN y Rusia-China-Irán los que rivalizan en territorio ajeno, no hacen sino extender el discurso legitimador de la burguesía occidental. Y esto por varios motivos.

Primero, porque, contra las vulgarizaciones del marxismo-leninismo que identifican el «*imperialismo*» con la pura capacidad militar de un Estado, ninguna de las dos grandes potencias internacionales aliadas con el gobierno sirio (Rusia e Irán) son Estados *imperialistas* en el genuino sentido leninista del término —y, aun en caso de que lo fueran, no constituirían ni el bloque imperialista hegemónico ni el bloque al que el Estado español se adscribe—; segundo, porque el único aliado sirio susceptible de pasar a engrosar a corto plazo las filas del imperialismo (China) no le presta a las fuerzas de Bashar al-Assad sino un apoyo

coyuntural y limitado, mucho más *protocolario* que material; y, por último y ante todo, porque la contradicción central en este conflicto es la que se establece *entre el agresor imperialista y el Estado agredido*, mal que les pese a quienes, comunistas o no, sentencian con toda ligereza la «*dictadura*» de Assad o el interesado favor de Rusia y adoptan una postura cómplice con los intereses del imperialismo al que nuestro propio Estado, «*nuestra propia burguesía*», pertenece.

Es cierto que el gobierno baazista del presidente Bashar al-Assad queda muy lejos de constituir cualquier tipo de referente revolucionario para el proletariado internacional; así lo atestiguan, entre otros ejemplos, una larga trayectoria de represión estatal a las y los comunistas sirios (aun a pesar de la participación institucional de las dos ramas del PCS en el Frente Nacional Progresista), el abandono formal de todo rastro de planificación «*socialista*» a partir de la nueva constitución de 2012 (modelo económico seguido por Siria durante su alineamiento con la URSS entre los años 60 y 80), una intensa corrupción de las élites políticas en el poder que llegó a representar incluso el 20% de la economía nacional, y un amplio viraje económico hacia el liberalismo que prolonga el «*Movimiento Correctivo*» de Hafez al-Assad en los años 70 y la Ley de Inversión nº10 promulgada en 1991 (produciendo un fuerte crecimiento del sector privado en la industria textil, química, agroalimentaria y en las ingenierías, la legalización de la banca privada en 2001, la introducción de grandes monopolios extranjeros como Shell, Mitsubishi, Samsung o Nestlé, y, en general, la caída de un sector público-estatal cuya participación en el PIB es un 60% inferior a la del sector privado).

De hecho, incluso las propias fuerzas comunistas sirias, cuya independencia política se ha visto históricamente subordinada al Partido Baaz (quizá más progresista que aquéllas en los años 40, 50 y 60 del pasado siglo) han mostrado su oposición frente a este giro liberal cada vez más favorable a la burguesía siria y al capital extranjero; no obstante lo cual la gran

mayoría de grupos comunistas de la región, empezando por las dos fracciones del PCS y la milicia marxista Resistencia Siria, han manifestado igualmente su apoyo al gobierno de Assad como la única elección posible para preservar la soberanía nacional de su Estado y no compartir el miserable destino que el imperialismo reserva a los pueblos «*incompatibles*» con sus proyectos de dominación económica mundial (véanse al respecto, por ejemplo, los casos recientes de la ex-república federal de Yugoslavia, Irak o Libia tras las intervenciones «*humanitarias*» de la OTAN).

Además, las exigencias planteadas al gobierno de Assad por esta difícil coyuntura y la presión de sectores críticos como el propio PCS-Bakdash han revertido parcialmente la tendencia liberalizadora en Siria, motivando la implementación de ciertas reformas sociales en beneficio de las masas empobrecidas y adoptando nuevas políticas favorables al conjunto de la clase trabajadora.

En consecuencia con todo lo dicho, consideramos que asumir una postura «*equidistante*» sobre la base de que Assad representa a la burguesía nacional o burocrática de un Estado capitalista implica cometer un error de análisis. Y no porque esta acusación sea necesariamente falsa, sino por las nocivas consecuencias políticas que adoptar dicha línea acarrea. Por supuesto que el gobierno baazista sería, en otras circunstancias, un enemigo mucho más inmediato del proletariado sirio en el marco de la lucha de clases; por supuesto que los destacamentos comunistas en Siria arrastran tras de sí una larga historia de limitaciones ideológicas y políticas erróneas, que tienen un largo camino por delante y que les espera una dura lucha para la construcción de un movimiento de clase verdaderamente revolucionario; pero en la época superior del capitalismo, y ante el contexto de una evidente agresión imperialista, es casi *imperativa* la alianza con la burguesía nacional de los Estados imperializados para resistir los envites del capital

monopolista, como Lenin y Mao supieron percibir tan lúcidamente.

Por tanto, supone una postura errónea desentendernos del conflicto en Siria y olvidar que la única manera de oponernos a los intereses de nuestra burguesía y del bloque imperialista hegemónico al que ésta pertenece (EEUU y la OTAN) radica precisamente en oponernos a la intervención en Siria y respaldar la lucha de sus pueblos por la autonomía nacional. Tan equivocada resulta esta línea como ir completamente a la zaga del Baaz sirio y practicar un seguidismo acrítico con respecto a la figura de Assad (que solamente bajo las circunstancias actuales tiene la posibilidad de jugar un papel progresista a escala global).

En definitiva: si el imperialismo occidental lleva seis años golpeando violentamente a

la República Árabe Siria mediante los «*revolucionarios*» del ELS y los «*rebeldes*» yihadistas patrocinados por EEUU, Qatar, Turquía y la monarquía saudí, se debe a su cada vez más desesperada carrera contra la tasa decreciente de ganancia y las crisis de sobreproducción inherentes al régimen productivo capitalista. Frente a la firme voluntad del imperialismo de someter a todos los pueblos autónomos del mundo, estableciendo gobiernos títeres allá donde pasan las altruistas cruzadas por la paz y la libertad de Estados Unidos, la OTAN y sus aliados, nuestra respuesta debe basarse en la solidaridad de clase, el internacionalismo proletario, una completa oposición a los planes del capital imperialista del que nuestro Estado forma parte, y el más absoluto apoyo a la lucha de los pueblos agredidos por el imperialismo contra las desatadas fuerzas de la reacción.





El chovinismo en la crítica a Venezuela

«Juro delante de usted, juro por el Dios de mis padres, juro por ellos, juro por mi honor y juro por mi patria, que no daré descanso a mi brazo, ni reposo a mi alma, hasta que haya roto las cadenas que nos oprimen por voluntad del poder Español!»

Simón Bolívar, libertador

La transformación ocurrida en el capitalismo con la acumulación y centralización económica y política, que da lugar al monopolio y con él al imperialismo, es *cualitativa*, es un cambio en las características que definían el capitalismo hasta entonces. La principal característica que define esta transformación es la exportación de capital, a diferencia de la exportación de mercancías *característica* del capitalismo ascensional, que se materializa en inversiones del excedente de capital generado en el *centro* allá donde las ganancias obtenidas son mayores, ya sea a través de la sobreexplotación de millones de hombres y mujeres de la periferia o el endeudamiento de sus países en favor de los centros imperialistas. El imperialismo internacionaliza la relación de explotación característica del capitalismo. Las riquezas y sobreacumulación de los centros imperialistas se constituyen y desarrollan en la miseria y sobreexplotación de los países que son imperializados, sobre la sangre y sudor de sus gentes.

El *neocolonialismo* supuso la concesión a los países imperializados de la independencia formal respecto del imperialismo. Pero esta independencia se desvela como una ilusión cuando la periferia no se somete a los intereses del imperialismo, con intervenciones militares, asesinatos y auténticas masacres a los pueblos rebeldes a los intereses imperialistas. América Latina muestra numerosas

cicatrices de esta guerra, desde la invasión de Bahía de Cochinos a la organización de las «*contras*» en Nicaragua.

En la era de el imperialismo no es posible comprender la naturaleza de la formación socioeconómica de un país sin conocer su papel en la división internacional del trabajo. No se trata de incapacidad para gestionar sus recursos, tampoco por lo «*primitivo*» de su capitalismo, por la que los países de la periferia sufren penurias, es precisamente por un «*excedente*» de capitalismo, por el papel que juegan en él, por la división del trabajo internacional, por lo que se exporta a estos países la miseria y se importan sus riquezas. Todo esfuerzo por «*conocer*» la naturaleza última de la economía y política de Venezuela o cualquier país de la periferia mundial que se reduzca a datos estadísticos de la «*economía del hogar*» —desde el PIB a la inflación, pasando por la propiedad de la tierra— sin su necesaria imbricación en la división internacional del trabajo, o bien es la respuesta de un «*tonto útil*» al imperialismo, o la acción consciente para embellecimiento mediante su ocultación.

Venezuela es un país formado a partir de la colonización española y que no conquista su independencia efectiva —aunque es la primera colonia en hacerlo— hasta finales de 1820. El imperialismo, ya no como dominio del Imperio Español, sino como fenómeno

y fase superior del capitalismo, hace su entrada en Venezuela a partir del descubrimiento del petróleo a principios del siglo XX. Empresas transnacionales de Estados Unidos, Holanda, Inglaterra, Alemania y Francia comienzan a operar en su territorio, aunque el protagonismo es de los dos primeros estados.

Si el imperialismo de ayer se fundamentaba en la extracción de petróleo, ¿en base a qué intereses se articula hoy el imperialismo en Venezuela? Aunque son muchos, se pueden dividir en tres puntos principales:

Los recursos naturales, entre los cuales destaca el petróleo. Venezuela es el quinto exportador de petróleo y posee una de las mayores reservas mundiales de crudo y la sexta reserva de gas natural. Sus tierras también son ricas en minerales raros, como el coltán, y agua, un bien cada vez más escaso ypreciado.

La creación de alianzas regionales hostiles al imperialismo y su plan para América Latina, el cual se materializó en el rechazo al ALCA (Área de Libre Comercio de

las Américas, que corresponde al despliegue del Tratado de Libre Comercio en la región) en la IV Cumbre de las Américas y la articulación de ALBA (Alianza Bolivariana para los Pueblos de Nuestra América) por parte del gobierno venezolano. También destaca la formación de Petrocaribe, alianza con los pueblos del caribe en los que Venezuela provee a éstos de petróleo a un precio menor que el de mercado y recibe a cambio un tratamiento similar en el comercio de alimentos y otros bienes. Estas y otras relaciones resultan beneficiosas para los estados participantes en unas circunstancias de crisis económica global en la que el FMI y el Banco Mundial llamaban a sus puertas.

Las relaciones económicas y políticas de Venezuela con China, y en menor medida con Rusia, su principal competidor a nivel global.

Cabría destacar que el Estado Español tiene enormes intereses en la que hasta hace no demasiado tiempo fue su colonia y empresas como Endesa, Repsol, Telefónica, Santander y BBVA son parte activa de la injerencia



internacional contra Venezuela, teniendo como frente amplio para el debate y actuación a este respecto el Club de Madrid, en cuya organización está el organizador de los GAL Felipe González, y FAES.

La industrialización provocada por la presencia del «*oro negro*» y las actividades que surgen a su alrededor, comenzaba a crear una pequeña y mediana burguesía cuyo desarrollo se hace antagónico al del imperialismo en su país. Ésta es la base material, al menos uno de sus componentes fundamentales básicos, sobre la que se desarrolla una hostilidad de tendencia nacionalista hacia el imperialismo, no sólo en la pequeña burguesía, que es la clase dirigente de la liberación nacional acometida en la *revolución bolivariana*, sino también en la clase obrera, que veía como las riquezas de su tierra eran extraídas para beneficio extranjero mientras ellas morían de hambre. Una anécdota en este sentido es la visita en 1958 de Nixon, entonces vicepresidente de Estados Unidos —país que se había posicionado a favor de la dictadura de Pérez Jiménez y había dicho de él que era *un gobernante ideal para América Latina*—, tras el derrocamiento del dictador, en la que la hostilidad al

imperialismo estadounidense se trasladó en lanzamiento de piedras a su coche oficial y diferentes protestas que estuvieron a punto de desatar una operación militar de rescate del vicepresidente.

Esta lucha por la liberación nacional *pudo* tener una salida revolucionaria a través del empuje cubano. El triunfo del Ejército Rebelde, liderado por el Movimiento 26 de Julio y el comandante Fidel Castro, abrió ésta posibilidad en Venezuela y América Latina en un momento internacional del marxismo marcado por el triunfo de la línea burguesa sobre la proletaria. Si bien el proceso fue más largo y complejo y tiene *hitos* anteriores, como la *Vía británica al socialismo*, el XX Congreso del PCUS en 1956, significó la apertura del proceso de derrota internacional del marxismo, con las tesis de *transición pacífica y coexistencia pacífica* como punta de lanza.

Venezuela fue el país más influenciado por los fusiles cubanos, con la juventud como principal protagonista, agitada externamente por Cuba y otros acontecimientos internacionales como la liberación de Argelia e internamente por el derrocamiento de la dictadura de Pérez Jiménez y las esperanzas puestas en la «*democracia*» venidera. Pero las esperanzas cayeron pronto en saco roto con el gobierno del asesino y anticomunista Rómulo Betancourt, que llevó a la ilegalización de las organizaciones comunistas como el Partido Comunista de Venezuela y MIR. La ilegalización y la efervescencia de la juventud, acabaron por estallar en la formación de las Fuerzas Armadas de Liberación Nacional por ambas organizaciones. Ejército que se proponía la «*liberación nacional de Venezuela y el socialismo*» como objetivos estratégicos. Éste ejército, formado principalmente por jóvenes y universitarios que arriesgaban sus vidas yéndose a la montaña a luchar por un futuro mejor, nunca llegó a ser un movimiento de masas o aglutinar al proletariado, y aunque tenía gran apoyo de los campesinos tampoco logró que se alzaran en armas. Aunque la causa última de la derrota de una posible vía revolucionaria fue interna a la propia sociedad venezolana, la influencia de la derrota histórica de la línea proletaria en el marxismo, materializada en la intervención activa del PCUS en la realidad latinoamericana, no es en absoluto despreciable, tratándose de la mayor potencia del denominado



campo socialista y referencia de todos los oprimidos que deseaban emanciparse.

En la internacionalización de las relaciones de explotación, el imperialismo, al igual que el capitalismo, crea las bases de su propia destrucción. Para paliar esta contradicción, recurre a la alianza de una clase reaccionaria afín a sus intereses; la burguesía compradora, cuya actividad principal es la importación de mercancías. Si el Estado es la forma organizativa que adquiere la opresión de clase, el Estado de la periferia en manos de la burguesía compradora se transforman en una extensión del imperialismo, su oficina. Esta facción de la burguesía cumple el papel de los ejércitos indígenas que tomaban las colonias para el imperialismo, es, de facto, su *legión extranjera*. Cuando la alianza con esta facción no es posible o la correlación de fuerzas no es favorable, el imperialismo recurre a toda clase de métodos para subvertir la voluntad expresada por el pueblo imperializado, desde el sabotaje económico a la intervención militar.

Venezuela es un mosaico de todo lo que está dispuesto a hacer el imperialismo para mantener en funcionamiento su maquinaria sangrienta. Lo intenta por primera vez, en alianza con el Estado Español, con el golpe de Estado de 2002, organizado y apoyado por ambos países —el autoproclamado presidente de Venezuela, Pedro Carmona, presidente de la patronal venezolana, Fedecámaras, compra la banda presidencial que vestirá el día del golpe días antes en Madrid, en una tienda de productos militares, tras la visita a su homólogo de la CEOE—. Vista la derrota del golpe, los yanquis utilizan todos los medios a su disposición; intervienen en la política venezolana a través de organizaciones gubernamentales o no gubernamentales, como la USAID, NED o la ONG Freedom House —que hace bien poco premiaba a Luis Almagro, presidente de la OEA, cuyo principal logro es llevar a cabo una política intervencionista contra Venezuela—; hace desaparecer del mercado productos básicos, *desabastecimiento*, a través de su alianza con la burguesía compradora, con el objetivo de producir malestar y descontento en la población venezolana; introduce paramilitares a través de la frontera con Colombia —fiel aliado al imperia-

lismo yanqui que posee nada menos que 7 bases militares de este país e importantes acuerdos que hacen inmunes, judicialmente hablando, a los militares estadounidenses que operen ilegalmente en su territorio—, etc.

En la actualidad vivimos una situación que nos recuerda demasiado al episodio chileno; guerra económica y mediática contra el gobierno, organización del descontento popular —especialmente jóvenes estudiantes y lumpenproletariado armado y pagado por la reacción— para fines burgueses, bandas ultraderechistas armadas, financiadas, apoyadas y asesoradas por el imperialismo y la burguesía reaccionaria, etc. se compenetran con un discurso internacional extremadamente propicio a la *«transición política»*, ya sea producida por un golpe interno, o por una intervención extranjera. En este último sentido amenazaba Kurt W. Tidd, Comandante del Comando Sur de Estados Unidos, en su último informe, asegurando que si la situación *puede* requerir de una intervención, siguiendo la línea planteada en el Decreto firmado por Barack Obama en 2015, que declara el *estado de emergencia* y alerta sobre la *«amenaza inusual y extraordinaria a la seguridad nacional y a la política exterior de los Estados Unidos»* que supone la Venezuela bolivariana y que supone un precedente legal y político para una más que posible intervención.

En la actual situación de desconcierto y confusión ideológica que sufre el Movimiento Comunista en el Estado Español —así como en el ámbito internacional—, ¿cuál es la posición que mantienen los destacamentos revolucionarios respecto a la Venezuela *bolivariana*? Nos atrevemos a decir que las posiciones hegemónicas son las del revisionismo. Por un lado quien ve en la agresión imperialista yanqui la redención de la burguesía chavista de sus *pecados* contra el proletariado. Esta posición se caracteriza por un seguidismo acrítico del reformismo y de las tesis del *socialismo del siglo XXI*, afanada en reseñar los *«logros»* sociales alcanzados por Venezuela, pues busca la justificación de su apoyo en una identificación con el *socialismo* y, por lo tanto, consigo mismo, en lugar de orientarlo a la lucha contra el imperialismo. Por otro lado quien considera este conflicto *entre burguesías* en el que no

se debe tomar más partido que el de la consigna general de la revolución proletaria y que destaca la responsabilidad de la burguesía nacional chavista en los males de su propio país. Esta tendencia está caracterizada por un socialchovinismo que esconde la responsabilidad del imperialismo y la división internacional del trabajo en la realidad venezolana y sólo ve diferencias de grado entre el imperialismo y periferia, contra la tesis leninista que introduce un cambio cualitativo y una relación antagónica.

Es ésta última tendencia, socialchovinista, es la que merece más nuestra atención, pues hunde sus raíces en las condiciones materiales del proletariado de un centro imperialista, que en gran medida vive a expensas de las migajas repartidas por el propio imperialismo. Nosotros, contra la tesis burguesa de la *ideología que se despliega sobre sí misma*, no consideramos que las diferentes posiciones tomadas por los comunistas surjan de interpretaciones teóricas de Marx, al igual modo que no consideramos que el protestantismo surja de una interpretación de la Biblia, y señalamos a la lucha de clases como origen de la lucha de líneas en el comunismo. Es por ello que al enmarcar nuestra actividad política en el Estado Español, estado imperialista perteneciente a un bloque imperialista de primer orden como la Unión Europea, vemos como indispensable para el avance revolucionario la lucha contra el socialchovinismo y sus representantes.

El socialchovinismo oculta el carácter imperialista del conflicto, la necesidad del imperialismo de esquilmar las riquezas venezolanas para su mantenimiento y desarrollo, tratándolo de un conflicto interburgués. Esta tendencia reaccionaria ha vaciado de todo contenido revolucionario y real el imperialismo, lo ha convertido en una *táctica* de la burguesía, en la apropiación violenta de una burguesía de los vienes de otra o de *su* —bajo su dominio— pueblo, ha reducido el imperialismo a la simple *ofensa*. Lo reduce a una forma de actuar, a una eventual política llevada a cabo por la burguesía de aquí o de allá. Ha arrancado la apariencia de la esencia del fenómeno, dejando de él un esquema muerto que identifica el imperialismo, no con la exportación de capital, sino con la exportación del misil de crucero. Se estanca en la *vieja* contradic-

ción entre proletariado y burguesía, característica del capitalismo ascensional, cuando aún la burguesía *sólo* explotaba al proletariado enmarcado en su Estado y su exportación era de mercancías y no de capital, de bienes y no de explotación. Pero, ¿de dónde surge esta concepción? No surge de ninguna inhabilidad o incapacidad para *entender* la realidad sino por, y no nos cansaremos de remarcarlo, la posición de clase que ocupan aquellos que la defienden, su condiciones materiales de vida, el reparto de las migajas imperialistas entre su clase reaccionaria. Sólo negando la contradicción que genera el imperialismo entre centro y periferia, opresores y oprimidos, puede evitar posicionarse en ella, y si algo nos enseña la experiencia histórica es que una realidad contradictoria, dividida en clases, no hay espacio para las terceras vías; o con los opresores o contra ellos. No apoyar al oprimido nos convierte objetivamente en opresores.

Cuando Lenin dice «*no hay otra forma de lucha contra la opresión nacional que la defensa de la patria*» —lo dice «*Acerca de la naciente tendencia del economismo imperialista*», lo repite en *El socialismo y la guerra*, en *Balance de la discusión sobre la autodeterminación*», etc.— no postula la defensa de la patria como una cuestión general, como un derecho de la burguesía, sino como táctica concreta que opera en la opresión nacional y se opone a ésta. De la misma forma, nosotros no defendemos el derecho de la burguesía nacional venezolana de apropiarse de las riquezas de sus tierras contra el proletariado, sino que consideramos que, de forma concreta, que la liberación nacional de Venezuela constituye el socavamiento de la producción y reproducción del imperialismo; de la exportación de capital del imperialismo en Venezuela y la apropiación de sus recursos. No se trata de identificarnos con el gobierno chavista, ni de hacer de su actividad parte de la revolución proletaria mundial, sino de un apoyo direccional, contra la opresión, contra el imperialismo. Con esto decimos que no consideramos que sean dos burguesías peleando por intereses idénticos y cualitativamente idénticos, cuestión que hasta el socialchovinismo más recalcitrante es incapaz de plantear, aunque conciba que sólo existe diferencia de grado entre burguesías como deja implícito en su propia crítica a posturas como la nuestra como la elección del

mal *menor*; dejando de nuevo a la luz su concepción de una *burguesía abstracta internacional* en la que sólo existen diferencias de grado.

La centralidad de la denuncia de las repercusiones económicas del gobierno *burgués* venezolano, alinea el socialchovinismo con la *oposición venezolana*, fascista o democrático burguesa según las circunstancias más propicias para el imperialismo, en una justificación de una tercera vía posible capaz de oponerse a toda burguesía que no es sino la proyección de un deseo sobre la realidad. Una realidad en la que la hegemonía de la oposición, apoyada por el imperialismo global, es de la burguesía compradora y todo movimiento acaba integrándose en él. Recordamos aquí las esperanzas puestas en Bandera Roja o Movimiento Venezolano de Trabajadores Comunistas —este último ha recibido innumerables loas por chovinistas de todo pelaje europeo— que, siguiendo la táctica de «*ni con unos ni con otros*» han acabado en el movimiento dominante, el de la oposición reaccionaria, pues éste es el único destino posible partiendo de esta táctica. Nosotros no hacemos política en base a nuestros deseos de una revolución proletaria en Venezuela, podemos asegurar que nada nos haría más felices, sino en base al movimiento real. Y no podemos más que denunciar el intento «*inocente*» por buscar en la oposición el más mínimo resquicio de izquierdismo para en base a él articular una supuesta tercera línea independiente destinada a la unión con los elementos más reaccionarios de la sociedad venezolana.

Cuando el socialchovinista cita, con la neutralidad y *objetividad* de un economista del estado, los datos de inflación, renta per cápita, etcétera, ¿qué logra deducir? ¡Que la economía de Venezuela está mal gestionada! Estos publicistas del *American Dream* tratan de vendernos su reedición; que es posible la gestión eficiente de la economía de la periferia bajo la lógica del imperialismo. Nosotros no nos quedamos en la denuncia aséptica de la patología economicista que sufren los venezolanos, señalamos que la enfermedad que padece este digno pueblo se llama imperialismo. La única posibilidad del proletariado venezolano de conquistar su emancipación, de superar la imposición de la ló-

gica imperialista, es la dictadura del proletariado. Proceso que no puede hacerse sin la construcción del Partido Comunista como sujeto de la independencia política del proletariado. Señalamos que éste es el proceso objetivo, que es éste el camino que *debería* tomar el proletariado venezolano, para la emancipación de su clase y del pueblo venezolano del imperialismo. Pero no hacemos política en base a lo que *debería* ser, a ideas tan revolucionarias como nuestras cabezas pueden pensar y que deseáramos se materializaran. Tampoco delegamos la responsabilidad de destruir *nuestro* imperialismo en nuestras hermanas y hermanos de Venezuela, ni creemos que se trate de trabajar sobre hipótesis de «*qué haríamos si nuestra organización fuera venezolana*». Se trata de qué podemos y hacer, y sobretodo de qué hacemos para acabar con el imperialismo occidental del que formamos parte. Subrayamos el aserto leninista; el único internacionalismo efectivo es la organización del movimiento revolucionario dentro del propio país, a lo que añadimos la responsabilidad concreta de ser parte del bloque imperialista que subyuga no sólo al pueblo venezolano sino a miles de millones de mujeres y hombres de la periferia global. Destacamos la importancia de educarse en la lucha contra el chovinismo, propagar y organizarse para ello, puesto que no trabajar activamente contra el chovinismo es trabajar activamente por él. No hay inocencia en la lógica capitalista que nos aliena como parte del imperialismo, no se puede escapar «*superando*» en la cabeza contradicciones que se manifiestan en la realidad, no hay manos limpias en este espectáculo sangriento. O con la libertad de Venezuela, o contra ella, no hay posibilidad de evadirse de posicionarse en la contradicción, puesto que no hacerlo significa dejar a la «*objetividad*» imperialista de la que formamos parte decidir por ti. Toma partido.

La derechización del Movimiento Comunista del Estado Español es ya un hecho incuestionable. La confusión ideológica de un movimiento inmaduro se ve arrastrada fácilmente por los sofismos aparentemente más revolucionarios. El socialchovinismo es hegemónico en el movimiento obrero. ¿Será por mucho tiempo? Trabajemos para que no sea así.



«No hay manos puras, no hay inocentes, no hay espectadores. Todos nos ensuciamos las manos en los pantanos de nuestro suelo y en vacío tremendo de nuestros cerebros. Todo espectador es un cobarde o un traidor.»

FRANTZ FANON (1961)

Iniciativa  Comunista

julio de 2017